EDUARDO GUDIÑO KIEFFER

FABULARIO

COLECCION PRISMA

LOSADA

Para comerte mejor fue la más sorprendente y discutida *primera novela argentina de una temporada pródiga* en revelaciones. Siempre que la figura de un escritor surge, desafiante, ante sus lectores la acompaña una incógnita: la de su capacidad para cambiar esa imagen con sus obras siguientes. Caprichosamente, sutilmente, *Eduardo Gudiño Kieffer* publica ahora un volumen de narraciones escritas antes, durante y después de *la composición de su primera novela: un libro donde* se agitan y combaten todos los estímulos de una imaginación que rehusa aceptar definiciones y prefiere inventar los caminos que recorre. Las tres secciones de este **Fabulario** descubren afinidades entre sus relatos: "Fábulas con *amoralejas*", "*Fábulas de la nochebuena española*", "Fábulas para embrujados". Pero más cautivante es que esos mismos relatos puedan acceder al desborde de la fantasía partiendo de una recreación erudita, o subvertir con el cultivo de lo insólito la más prolija crónica de *costumbres*. Es *una verdadera* aventura la que Eduardo Gudiño Kieffer ofrece a los lectores de su nuevo libro: la de estar dispuestos a todo, la de exigir lo excepcional y recibirlo, bajo apariencias siempre inesperadas, en una exploración verbal deslumbrante.

FABULARIO

EDUARDO GUDIÑO KIEFFER

FABULARIO

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1969

Cubierta e ilustraciones
de PAUTASSO

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

A Blanca y Nicolás.

"...ne ploure iamais plus. Songe à chevaulchier les mouches san brides, à brider avecques de belles nuées tes chimeres caméléonesques, à métamorphoser les réalitez vifves en figures vestues d'iris, caparassonnées de resves cramoisis, emmanchiées d'aësles pers a yeulx de perdrix."

HONORÉ DE BALZAC

PRIMERA PARTE

FÁBULAS CON AMORALEJAS

OTRA VERSIÓN DE LA CAÍDA

Ellos, al fin, después de muchas experiencias antropomórficas frustradas, resultaron lúcidos y responsables; hermosos según los cánones de quien los había creado a su imagen y semejanza; inteligentes y libres y vagando a su antojo por el enorme jardín del Cuarto Cielo. Felices al ver el regocijante candor amarillo salpicado de flores oscuras que ostentaba mimosamente la pantera; felices bajo el encaje verde de los árboles, junto al azul lavanda de los estanques; mirando quizás los espléndidos dibujos de las nubes con sus dobladillos de nácar; jugando con cristales de cuarzo; metiendo los dedos en geodas de sílice o los pies en el barro; ignorando su dicotomía original; gozando sin saberlo de una plenitud fálica y tierna y desmesurada y sin dogmas ni versos ni veredictos. Felices sin conocer siquiera la palabra felicidad —cuando la felicidad es un hecho a nadie se le ocurre pensar en ella—. Además, ignoraban la comprometedora denominación de "homo sapiens" que alguien les adjudicaría más adelante, y esa ignorancia los eximía de verbos tan difíciles y odiosos como hacer, trabajar, razonar, orar o filosofar.

El primer hombre y la primera mujer —pues de ellos estamos hablando—, se alimentaban de ambrosía, néctar tan noble que, además de acariciarles melifluamente la garganta y el paladar, descendía en cascadas por sus gargantas, les daba fuerzas, les conservaba la salud y no les causaba ni el menor trastorno gástrico o digestivo, puesto que se eliminaba a través de los poros, en aromadas ráfagas que iban a mezclarse con el opulento perfume de las rosas y la urgente fragancia de los jazmines. La vida era realmente perfecta y el cuerpo ámbito de placeres siempre nuevos, siempre intensos, siempre vehementes, nunca molestos. Jamás picazón, estornudos o hemorroides. Pero —sí, aquí está el "pero" que todos aguardaban—, en el Jardín del Cuarto Cielo crecía un árbol, de cuyos frutos el primer hombre y la primera mujer tenían prohibido servirse. Posteriores y muy teológicas discusiones llenaron bibliotecas enteras de folios que trataban sobre la especie de aquel árbol. ¿Manzano, plátano, membrillo? Nada de eso: era un árbol de galletas. Doradas, tentadoras, crujientes galletas pendían de sus ramas. Galletas frescas, calentitas, con un olor que trastornaba la mente y el estómago... Y he aquí que el primer hombre y la primera mujer, cansados quizás de tanta inefable ambrosía, no pudieron resistir el impulso y comieron del fruto prohibido. Fue un inquietante estremecimiento, un mordisco primero taimado y después rotundo, una cosquilleante sensación en el filo de los dientes, en las encías; un insospechado modo de adquirir consciencia de la piel, de los huesos, de

las uñas y de los pelos. Todo fue hermosísimo durante unas horas; aparentemente nada en el Jardín del Cuarto Cielo había cambiado —salvo que los árboles parecían un poco más verdes y los gritos de los monos y de los guacamayos más agudos—. El cambio, el verdadero cambio, lo empezaron a notar cuando presintieron que las galletas no se eliminaban como la ambrosía, que el camino de los poros no parecía funcionar para un alimento tan sólido y prosaico. De pronto se encontraron dueños de la sabiduría, y la sabiduría misma les estaba diciendo que los ruidos que sentían en las cañerías internas del cuerpo, los gorgoteos y las flatulencias, presagiaban extraños acontecimientos; que las sonoras y fétidas emanaciones involuntarias no tenían nada que ver con el Jardín del Cuarto Cielo ni con lo que ellos habían sido hasta comer las galletas del Árbol de la Ciencia. El cuerpo, ese querido cuerpo tanto tiempo fiel, los traicionaba. Y sin querer empezaron a gritar palabras cuyo significado desconocían; ¡por favor un retrete, dónde está el excusado, watercloset, petit coin! Empezaron a correr profiriendo las palabras misteriosas, que provocaron rosados vuelos de flamencos y huir de liebres entre los setos. Así llegaron ante el Ángel de la Espada Flamígera y reclamaron eso que ellos mismos desconocían. El Ángel los miró con desprecio y conmiseración, y al tiempo que señalaba con la espada de fuego un lejano punto en el espacio, dijo: —¿Véis aquel pequeño planeta, grande como nada, que está a unos sesenta millones de kilómetros de aquí? Pues bien: es la Tierra, retrete

del Universo. Id lo más rápido posible y quedáos allí; es el sitio que os corresponde...

Y ellos vinieron. Y comprobaron que las cosas no eran como allá arriba. Hacía frío, hacía calor, llovía; los mosquitos se habían vuelto crueles; los leones los atacaban y los pájaros les temían. Pero pudieron expedir tranquilamente las galletas. Fue el vértigo, el éxtasis, la liberación, el delirio. Fue también el perpetuo deseo de repetir la experiencia.

"Gracias a la galleta entramos en la Historia. Y gracias al proceso digestivo de la galleta tenemos conciencia de nosotros mismos."

Hace tiempo que la lluvia despliega sus transparentes abanicos sobre el mundo. El único sonido que se oye es el de las gotas suicidándose contra las aguas, contra el maderamen del Arca o contra las barbas de Noé, cuando éste se asoma a interrogar al cielo. Jehová suele responder sordamente, con tronantes borborigmos que obligan a las aves, posadas en altas perchas, a esconder la cabeza bajo el ala. Noé cierra entonces los postigos y va a acurrucarse entre su mujer, sus parientes y los otros animales aterrados. No sabe qué responder a las miradas inquisitivas, y para evitarlas se entretiene recorriendo las novecientas cabinas repartidas en tres pisos, o contemplando la piedra preciosa que simboliza a la Luz Divina en medio de la catástrofe.

Afuera, efímeros cuchillos rasgan el aire. Nadie habla, nadie grita, nadie llora. Los animales están silenciosos. Sólo se escucha el ruido de la lluvia, aferrándolo todo con sus mojadas raíces. Hasta que se oye la otra voz. Primero suavemente, tímidamente; después nítida y pura, remontándose ondulante y azul desde la sentina. Las aves estiran sus

cuellos, los animales se desperezan, la mujer de Noé siente que se le eriza la piel. Y la voz crece, crece en curvas magníficas, en benjuí y en mirra, en estelas de oro y de espuma. Acaricia y flagela, libera y cautiva. Ni querubines ni serafines son capaces de cantar así. Pronto el Arca es un pandemonio: los pájaros se golpean contra las paredes, la pantera está en celo, la mujer y las nueras de Noé han desplumado al pavo real para adornarse con profusión. Y aunque afuera sigue lloviendo normalmente, Noé se da cuenta de que algo no anda bien. Y baja a la sentina en busca de la voz. Al fin la encuentra en un penumbroso rincón. ¡Oh, el monstruo, el monstruo! ¡El monstruo de largos cabellos verdes, verdes, sí, de un verde flagrante y descomedido; verdes y desparramándose sobre los hombros pálidos y sobre el pecho como una cascada de algas! Noé se inclina, asombrado, sobre el cuerpo increíble. Rayo de luna o pétalo de magnolia que abajo se oscurece y adquiere una leve pátina azulada, hasta transformarse después en una loca fiesta de escamas: oro y zafiros y esmeraldas y nácares y calcedonias entremezclados en un juego armonioso, flexible, de luces vitrificadas y meandros paralelos... ¡Oh, el monstruo! ¿Cómo la demoníaca criatura ha logrado colarse en el Arca? ¿Cómo ha aparecido allí un ser que no existe, producto de una mitología aún no inventada? Noé se siente burlado. Y ni siquiera sabe que mientras arroja a la sirena por la borda, está arrojando al agua su propia imaginación que lo traiciona, y que seguirá traicionándolo porque las sirenas cantarán

siempre, no sólo para Noé sino para sus hijos, para los hijos de sus hijos, para los hijos de los hijos de sus hijos, etcétera.

"*Pero nunca digas que oyes cantos de sirena, porque te acusarán de no descender de Noé. O de tener imaginación (que es casi peor).*"

EL FAUNITO

ALTAMIRANO-67

Mientras el Faunito vivió sin vislumbrar la vida (tocando la siringa, comiendo uvas silvestres y durmiendo al sol), todo fue maravilloso. Una corona de pámpanos bastaba para embellecer la jornada. ¡Y era tan inquietante correr por los vericuetos del bosque persiguiendo su propia sombra; o tratando de atrapar la idea de una idea, concretada a veces en cabellera al viento, risa de agua, muslo terso o silueta fugitiva! Sí, el Faunito era feliz. Feliz porque sí, feliz sobre todo cuando tocaba el instrumento que él mismo había construido con unas cañas cortadas junto a la fuente de Castalia: la siringa de la que arrancaba lamentos, arrullos, voces y hasta palabras (o quizás todo lo que no podían decir las palabras). Tan arrebatadora era la música del Faunito, que para escucharla los peces salían del agua junto a las náyades húmedas, las dríades abrían los troncos de las encinas milenarias, las lobas amamantaban a los corderos, de entre mirtos y laureles asomaban silvanos desmelenados. Pero (no sólo lógica sino también mitológicamente) felicidad que dura... deja de ser felicidad. Un día Filomela, estremecida por la música del Faunito, voló tan alto que chocó contra el carro de Apolo: —"¿Qué haces aquí, tan lejos de tus bos-

ques?" —preguntó el dios. —"¡Vuelo en alas de la música del Faunito!" La respuesta, por supuesto, desagradó a Apolo, que tomó su lira de oro y descendió hasta el umbrío lugar donde un simple faunito se permitía hacer música que impulsaba a los pájaros al cielo. ¡Ah! ¡Hubiérais debido estar allí para escuchar tan formidable contrapunto! Al primer acorde de la lira, los árboles temblaron. Pero al primer gemido de la siringa derramaron lágrimas verdes. Al primer acorde de la lira las fuentes enmudecieron, pero al primer gemido de la siringa dejaron de manar. Euro llevó los sones al Olimpo. Al escucharse la lira de Apolo se interrumpió uno de los divinos banquetes. Pero cuando se oyó la siringa Ganimedes volcó la copa sobre la túnica de Zeus, que por azar no estaba en ese instante transformado en animal para seducir a alguien. Apolo acabó por darse cuenta de que la música del Faunito era muy superior a la suya. Y decidió vengarse como sólo los dioses saben hacerlo. Dejó caer la lira con desgano, y señalando los pies del Faunito empezó a reír a carcajadas. Los dioses, asomados a balcones de nubes, miraron hacia donde señalaba Apolo y rieron también. Y rieron las ninfas y las dríades y las náyades y las lobas y los corderos y los pájaros y los árboles y las piedras. El mundo estalló en una infame risotada. El Faunito bajó los ojos. Recién entonces descubrió que tenía patas de chivo.

"No desafíes a los dioses, so pena de descubrir que tienes patas de chivo."

LA VERDAD SOBRE HELENA

Cuando cayó la ciudad y comenzaron los incendios, el saqueo, las violaciones, Menelao creyó que había sonado (¡por fin!) la hora de la venganza. Venganza esperada desde que comprobara la vergonzosa y humillante fuga de su mujer con el deiforme extranjero (¡mil veces traidor, pagar tan vilmente albergue y alimento!). Venganza acariciada, ansiada, imaginada noche tras noche durante el asedio interminable (la espada hundiéndose en el pecho blanquísimo, o cercenando el mórbido cuello, o desfigurando con salvajes heridas el rostro de belleza increíble). Venganza, sí, purificadora venganza que justificaría tanta sangre, tanta guerra, tanto héroe desaparecido. Porque Menelao no olvidaba. A pesar de los años transcurridos, a pesar del rigor de la batalla, del hambre y de la sed, de los sacrificios y de los sobornos para convencer a los dioses, sufría de lo que hoy llamaríamos monomanía. Y su monomanía era, por supuesto, el afán de ver una vez más a Helena; llenarse los ojos con su egregia hermosura, embriagarse con el color de su piel, aspirar el excitante perfume que emanaba de ella. Mirarla, mirarla, mirarla... pero

sólo durante un segundo (cronometrado) y con expresión asesina. Después sería la noble labor de la espada. No iba a pronunciar ni una palabra; no iba a escuchar las quejas, las excusas, los arrepentimientos. No iba a poner un dedo sobre ese cuerpo que sin duda le pertenecía (aún y a pesar de todo). La espada, sólo la espada filosa y digna, podía enaltecer ese momento, final infeliz pero irremediable de la Guerra de Troya.

Buscó a Helena por todas partes. En los palacios incendiados, en los templos, en las murallas. Creía que ya no iba a encontrarla, y masticaba la amargura del fracaso que hubiera sido cerciorarse de que ella había muerto también (y quizás hasta por amor a Paris)... cuando oyó su voz. La voz sonaba a sus espaldas, con ese tono entre ausente y cándido y sensual de siempre, con esa misma nota de ingenuidad que incluso podía ser verdadera. La voz lo llamaba por su nombre: —"¡Menelao, Menelao!" Menelao se detuvo y se volvió lentamente llevando la mano al pomo de la espada vengadora. Helena estaba allí, apoyada lánguidamente en una columna, tendiéndole los brazos. Menelao tardó en reconocerla. Porque durante el larguísimo sitio de Troya, e impulsada por el aburrimiento, Helena había comido demasiado. Además... los años no habían pasado en vano. El rostro de Helena era abotagado, fláccido y muy parecido al de una foca. Los cabellos pringosos, la túnica sucia (no de sangre sino de grasa) y el cuerpo de una obesidad desbordante. Al acercarse un poco más, todavía incrédulo, el pobre Menelao comprobó que el aliento

de su mujer olía a cebollas. Envainó resignadamente la espada y, casi sin darse cuenta, dijo:
—Querida, ¿no crees que ya es hora de que volvamos a casa?

"No es tan lindo vengarse de una vieja gorda y fea, como de una joven hermosa."

EL ESTILITA

Cuando por las mugrientas y abigarradas calles de la ciudad vio pasar a la cortesana, Simeón desvió el rostro y bajó los párpados. Pero aún así veía (dentro de su propia cabeza), la desaforada ostentación de los caireles de joyas, de los abanicos de plumas de ibis, de las babuchas de cuero de cabra bordadas en pedrería, de la pajarera de oro llena de aves chillonas, y en especial de la carne blanca y mórbida de aquella mujer que, en sueños, le provocaba una pasión vesánica.

No habían bastado, pues, los esfuerzos de treinta años de maceración y penitencia para liberarse del deseo. No habían bastado los días de Cuaresma que pasara emparedado, tal como él mismo decidiera, sin comer nada más que un magro pan de cebada, sin beber nada más que agua sucia. No habían bastado las largas semanas encadenado a una roca, ni las innumerables noches en vela, ni las astillas debajo de las uñas, ni la pesa de hierro que se colgara de los genitales. Ni la rabia. Ni los cilicios. Ni las plegarias. Había que tomar una determinación, y la tomó. Se fue al desierto. En Kal'at Sim'an construyó, con sus propias manos,

la columna de seis pies de altura en cuya cúspide se instaló, lejos del mundo. Pero no tanto como para evitar los sueños lascivos, la visión impura que lo acosaba con risas, con cosquilleos, con senos firmes, caderas opulentas y muslos sedosos. Y Simeón (ya Estilita) empezó a construir refugios cada vez más altos, cada vez más altos... Hasta que al fin creyó haber logrado lo que quería: una plataforma pequeñísima sobre una columna de sesenta pies de altura. Allí comenzó una vida de absoluta penitencia, soportando el calor en verano, el frío en invierno. Sus barbas, más largas con el correr de los meses, pendían a los costados de la columna, mecidas por el viento cual las hojas de una fantástica palmera gris. Los discípulos subían por una estrecha escalerilla con alimentos que Simeón apenas probaba, y descendían con los desechos y excrementos. El anacoreta se había atado a la columna con una cuerda, para no caer cuando se quedaba dormido. La cuerda penetró en sus carnes y las heridas comenzaron a podrirse, a heder, a hervir de gusanos. Cuando un gusano caía sobre la plataforma, Simeón lo recogía con sus dedos artríticos, y colocándolo de nuevo en la herida murmuraba: —"Vamos, vuelve a tu sitio, come lo que Dios te ha dado".

A veces divisaba, allá abajo, la multitud de peregrinos que lo contemplaba fervorosamente; entonces alzaba su voz endeble y predicaba sobre el amor divino con tanta convicción que logró verdaderos milagros, tales como resucitar a un muerto, devolver la vista a los ciegos y multiplicar panes.

Y otros más importantes aún: hacer que los prestamistas redujeran sus intereses e influir sobre los altos negocios de la Iglesia.

Por mucho tiempo creyó haber triunfado sobre la lujuria; pensó haber exorcizado la diabólica visión. Pero un día notó que la multitud se apartaba y se prosternaba abriendo paso a un suntuoso cortejo: solemnes y morosos dromedarios, hombres cuyas vestimentas denunciaban nobleza, poder y gloria. Todos escoltando la mula blanca en la cual iba montada una mujer, una mujer velada en la cual Simeón adivinó a la cortesana. Desde el silencio absoluto de la muchedumbre, la voz de la mujer se elevó, plañidera y dulce. Simeón no distinguía sus palabras, mas creyó percibir en ellas un ruego, la solicitud del milagro. Y pensó que podría hacerlo. Podría cambiar esas carnes tentadoras en supurantes lamparones de lepra, podría cambiar ese rostro terso en llaga o pústula, podría cambiar la belleza en horror y liberar de ese modo al mundo de una pecadora, a la pecadora del pecado y a sí mismo de la tentación siempre acechante, ominosa, falaz. Y se incorporó en la estrecha plataforma para alzar los brazos y empezar con las palabras imprecatorias. Pero la debilidad y el ayuno (o quizás la emoción), lo hicieron trastabillar y perdió pie. No llegó al suelo porque la cuerda lo sostenía. La sostenía del cuello... y Simeón Estilita quedó allí, colgado, balanceándose, dando dos o tres torpes manotazos al aire antes de morir ahorcado. Ante el espectáculo la multitud cayó de rodillas. La mujer bajó de la mula blanca y se quitó

el velo. Era tan hermosa como Simeón había imaginado. Inclinándose, recogió algo del suelo: uno de los gusanos de las heridas del anacoreta. Lo tomó delicadamente entre sus dedos y, alzando con respeto la mirada hacia el cadáver, dijo: "Yo sabía que tarde o temprano iba a tener algo de tu carne".

"Nada hay tan oportuno como arrepentirse del arrepentimiento."

PARACÉLSICA

Quizás porque adivinaba la ambigüedad de la naturaleza, germen de transformaciones perpetuas y perpetua transformación en sí misma, Paracelso encontró a su propio yo en una estatua.

La historia comenzó en Basilea, bajo las frígidas estrellas azules, luego de una agotadora jornada quemando libros clásicos de medicina y gritando en alemán su esotérica teoría del "astrum in corpore", tan difícil de aceptar para los burgueses y los escolásticos enceguecidos.

Esa noche Paracelso vagaba sin rumbo, pensando en alquimia, panaceas y espíritus ígneos o acuáticos, y preguntándose si valía la pena convencer a los hombres de su estrecha relación con el orden cósmico total. Caminaba por una estrecha calle, cuando una puerta abierta le llamó la atención. Parecía que lo invitaba a entrar en el oscuro corredor. Y dejándose guiar por las fuerzas tenebrosas, Paracelso se internó en las sombras, tanteando las paredes para no tropezar en el piso desigual, hasta que divisó, luego de un recodo, la luz mortecina de las siete velas de un candelabro. El candelabro estaba en una habitación cuadrada, alta y sin ven-

tanas. La amarilla luz temblequeante mostraba una estatua, quizás modelada en cera, en la que Paracelso reconoció cada uno de sus rasgos, sus propios ojos alucinados, las venas verdosas que surcaban sus largas manos flacas. No se sorprendió: todo podía suceder y, sin duda, todo sucedía. Se dedicó pues a examinar con atención la estatua, vestida también como él, con un ropón basto y humilde. Forzando la vista notó que sobre la frente, escritas como por la levísima punta de un alfiler, se destacaban unas palabras: "phantasia, imaginatio, speculatio, agnata fides". Siguió observando minuciosamente y en el dorso de la mano que la estatua tendía pudo descifrar algo más: "Soy tan grande como Dios; Él es tan pequeño como yo; no puede nada sobre mí; yo bajo Él nada soy". Paracelso leyó la frase una, dos y tres veces. Después alzó los ojos, porque presentía que la sonrisa de la estatua le estaba dirigida. Y, al sonreír a su vez, aceptó la transmutación; sintió entonces cómo su cuerpo se iba enfriando, endureciendo e inmovilizando, y vio como el que fuera estatua cobraba vida y se alejaba hasta desaparecer por el largo corredor, llevándose para siempre sus dudas y sus convicciones, dejándolo solo y mudo y por fin eternamente unido a sí mismo.

Los que después fueron sus discípulos, los que lo amaron, los que lo odiaron, los que lo vilipendiaron, los que lo ensalzaron, nunca supieron que el verdadero maestro era una estatua inmóvil en una casa secreta de Basilea, y que quien les brindaba tanta filosofía sagaz, tanta inquietud astroló-

gica, tanta magia y tanta sabiduría... era nada más y nada menos que una estatua de cera atormentada y tal vez mortal.

"Alterius non sit, qui suus esse potest."

LOS VOTOS
DE LA HERMANA FESSUE

—"He sabido, hijas mías, que los invasores ganaron el vado con puentes y barcazas, desparramándose por labrantíos y poblados indefensos, pasando a cuchillo a los campesinos y a los burgueses, incendiando trigales, violando ancianas y doncellas, estrangulando niños y saqueando cuanto pueden. He sabido que no respetan hábitos, tonsuras o lugares sagrados. Nuestro amado Arzobispo ha sido colgado de un árbol del camposanto y pende allí, comido por los buitres. Las hordas del demonio avanzan pisoteando los Evangelios, burlándose del nombre de Dios y del de su Madre. Sólo tienen sed de sangre, carne y oro... Están a pocas leguas de aquí. Mañana mismo se encontrarán frente a los muros del Convento. Golpearán estas puertas hasta derribarlas y no habrá oración que los detenga, no habrá palabra capaz de desarmarlos. Correrán por los claustros, penetrarán en las celdas y en la capilla, caerán sobre nosotras como lobos famélicos. Y nosotras, ovejas mías, no nos pertenecemos: somos esposas de Cristo. Frágiles pero fieles. He orado, hermanas, y os convoco para deciros mi decisión, inspirada por el Espíritu Santo:

hemos de irnos cuanto antes, rumbo al castillo, para invocar la protección del Sire de Vede y colocarnos bajo sus armas. Hemos de dejar estas queridas paredes entre las que prometimos encerrarnos de por vida para cantar loas a la Santísima Trinidad. Hemos de quebrar, oh dolor, nuestro voto de reclusión perpetua, pues guardarlo significaría perder esta virginidad dedicada a nuestro Amantísimo Esposo... Dios sabrá perdonarnos. Y su Madre, que como nosotras tuvo la suerte y la bendición de no haber conocido varón, intercederá por la salud de nuestras almas, preservada sin duda si preservamos la integridad de nuestros cuerpos."

Así habló la Abadesa ante los llantos y algún grito histérico de las monjas aterradas, que se retorcían las manos y clamaban por la protección divina. Le costó buen tiempo serenarlas un poco y organizar la partida: las hermanas Agnes, Blanche y Geneviève se encargarían de las magras provisiones; la tornera clausuraría puertas y ventanas; otras se turnarían para salmodiar durante el camino, ocupándose de ayudarse mutuamente y de protegerse. En cuanto a la Hermana Fessue, conocida por su piedad ejemplar, tendría a su cargo la tarea principal: custodiar el crucifijo de oro macizo que sacarían del altar para llevarlo, e impedir así que fuera profanado y robado.

Pero la Hermana Fessue, arrodillándose frente a la Abadesa y bajando los ojos, dijo:

—"No me pidáis eso, Madre. Lleváos el crucifijo, los vasos sagrados, todo cuanto queráis. Idos vosotras mismas, si creéis realmente que puede que-

brarse el severo voto de clausura. Pero dejadme aquí, en el Convento. No me importa quedarme sola, no me importa sufrir el martirio que el Cielo me depara. Porque mucho peor sería para mí romper el juramento, salir de este lugar, de estos claustros, de este huerto en el que prometí quedarme mientras viva para adorar mejor a mi Divino Esposo. Irme sería renegar de Él, abjurar de mi fe, ceder a la tentación de abandonarlo, volver el rostro a Dios. Irme sería como morir espiritualmente y por mi propia voluntad. Sé que, de hacerlo, en el Valle de Josafat se me acusaría de perjura y se me colocaría del lado de los réprobos. Quiero quedarme: elijo el martirio".

La Abadesa comprendió. La actitud de la Hermana Fessue era terrible pero digna. La bendijo, pues, dejándola arrodillada sobre las losas frías, ante la desesperación de las otras que lloraban, suplicaban y se rasgaban las vestiduras. La resignada, heroica y *nobilísima decisión* de la Hermana Fessue era como una aureola a su alrededor, y la Abadesa pensó que llegaría el momento en que hablaría de ello con algún alto prelado, y que quizás encontraran, pasadas las guerras, el cadáver de la mártir incorrupto y oliendo a rosas. Sería la gloria del Convento.

Llegó el momento en que todo estuvo dispuesto. Las monjas salieron del amenazado reducto, una tras otra, despidiéndose de la que quedaba como si se hubieran despedido de una santa. Con veneración, con susurros, *casi con adoración*. Cuando la puerta enorme y rechinante se cerró detrás de

la última cordera asustada, la Hermana Fessue levantó los párpados. Se puso lentamente de pie. Buscó en la cocina un carboncillo y con él comenzó a dibujar prolijamente una línea oscura debajo de sus ojos, al tiempo que se mordía fuertemente los labios para tenerlos de un rojo intenso cuando llegara la soldadesca. Tenía la conciencia tranquila puesto que guardaba el voto de no salir de allí. Cumplía hasta el final las reglas de clausura. Y —ésto lo pensó mientras se quitaba la toca, soltaba su espléndida cabellera rojiza y se rasgaba los hábitos—, nunca había hecho votos de no ser violada.

"Nunca dejes pasar la ocasión de guardar un juramento."

FAIRY SONG

Estaban las que ayudaban a las arañas a tejer sus telas, las que sujetaban gotas de rocío en las orejas de las prímulas, las que cantaban acompañadas por orquestas de grillos la historia del castillo de Tintagel. Estaban las que pulían espadas mágicas, las inventoras de filtros y conjuros, las que otorgaban dones, las que reían recordando cómo ayudaban a contrabandear blondas y brandy; las que lloraban al pensar en la huida desde el malecón de Dymchurch, abandonando la vieja Inglaterra que se volvía cada vez más cruel, con sus horribles campanas de Canterbury, sus hogueras de Bulwerhithe, su inundación de Winchelsea y esa gran reina reumática y enjoyada y envuelta en tiesos brocados y encajes y para colmo virgen, qué cosa. Estaban las más traviesas, que por la noche hacían danzar fugaces lucecitas verdes en las ojivas de las iglesias y en los camposantos, espantaban a los caballos, volcaban la cerveza en los delantales de las criadas y cuajaban la leche. Estaba, por último, la que se aburría y quiso cambiar, prescindiendo para siempre de su verdadera esencia; la rebelde que se arrancó las alas traslúcidas y con el

tiempo se encarnó en un cuerpo de mujer. Miró al mundo a través de sus ojos oscuros y separados, lo aspiró con toda su piel, sintió cosas absolutamente nuevas y excitantes que se llaman placer, dolor, inquietud, angustia, amor. Supo que, si bien ya no podía cabalgar en un escarabajo o pintar auroras boreales o coronarse de carámbanos, podía en cambio hacer todas las cosas que hacen los humanos. Se sumergió en arduos textos metafísicos, buscó a Dios en la religión y en la ciencia, descendió a la peor abyección y trepó a la sublimidad más excelsa. Por momentos hasta sufrió. Todo era desmesurado, nada era bastante. Recordaba su condición anterior, en la que palabras como amor, vida y muerte carecían de sentido. No quería volver a eso, aunque a veces se arrepentía de haberse elegido mujer. Pero como no le quedaban más alternativas, se encogió de hombros y dejó que el amor, la vida y la muerte le acaecieran.

"Las hadas existen... pero no tanto."

CASTILLO

Rompiendo fantasmagóricamente la mansa línea del horizonte, todo el paisaje adherido a sus flancos, el castillo vigilaba con gesto espectral las míseras casas arrebujadas al pie del alcor. Desde la torre de homenaje, rampante sobre la roca abrupta, se divisaba el campo alucinado por el elemental poder de una naturaleza ocre y amarilla como la misma muerte. Por las noches, el viento jugaba entre las almenas, se recataba en los patios abandonados, ceñía los muros verticales con manos invisibles, se deslizaba locamente por las rampas o suspiraba en cada barbacana. El castillo permanecía inmóvil, manteniendo siempre su enorme gesto melodramático, su sonambulesca mudez de piedra, su altanero ademán. Pero le gustaba que el viento lo envolviera en gritos ululantes o en torvas charlas de brujas. El viento era lo único que mantenía aún nobleza, esa nobleza guerrera, empenachada de ideas de honor y de heroísmo, completamente ajena a la domesticidad de este siglo sin Lancelotes ni Bradamantes. El viento era leal y capaz de habitar lo inhabitable, de decir lo indecible. ¡Lo indecible! A veces vagos estremecimientos, o enlo-

quecidas invocaciones a Príapo, o incoherencias místicas, o recuerdos de lides, torneos y Cruzadas. También traía olores: a mieses, a humo, a fangales. El castillo los respiraba con todas sus piedras y luego los devolvía en ráfagas con algo de humedad y algo de tristeza. Otras veces el viento llegaba furioso, a latigazos, a mordiscos. Solía traer consigo impulsivos golpes de lluvia, múltiples dedos mojados, relámpagos efectistas y truenos de utilería. Todo formaba parte del orden artificialmente natural de las cosas, de la sabiduría del demiurgo, de la inocencia inventada. Pero el castillo sentía que él no se ajustaba a ese orden. No era obra de la naturaleza: ni roca viva ni peñón altivo. Pero tampoco era cosa del hombre: lugar donde se come, se duerme, se copula y se vive. Era sólo una excrecencia de otro tiempo, definitivamente ido. El castillo comprendía que su culpa consistía en no haber perdido la vida en el momento oportuno, con gracia y dignidad, permaneciendo en cambio erguido en un inútil desafío a nada o a nadie. Eso no tenía remedio. Es difícil vivir en un sueño hibernal, pero más difícil aún es morir cuando la ocasión ha pasado. Ya no podía usar de la muerte con libertad... y eso quería decir que tampoco podía usar de la vida con libertad.

Pero una noche lóbrega el viento llegó con sus múltiples voces y sus múltiples dedos, y encontró el castillo sangrando. La sangre brotaba de las junturas de las piedras, deslizándose hacia los caminos de ronda y hacia el foso. Su gusto salado tenía un enorme poder orgiástico, y al poco tiempo el

viento estaba ebrio de rojos y de púrpuras. Gimió, aulló, se golpeó el pecho y se mesó los cabellos; lamió los muros hasta que desapareció el último vestigio de sangre y luego cayó, completamente dormido, en un campo de trigo.

Al día siguiente, cuando los segadores braceaban entre el mar de espigas, el viento despertó. Miró hacia el alcor, pero en la cima sólo había piedras desnudas. Y era como si el castillo no hubiese existido jamás.

"No ser ahora es como no haber sido nunca."

LA PRINCESA LEJANA

Bajo los distintos nombres era siempre el mismo y siempre diferente, porque ya se sabe que los hombres son un poco como uno mismo y un mucho como el otro que nos habita. Era siempre el mismo y siempre diferente: a veces Bridgeman astuto y cruel y sanguinario inútilmente; a veces Long Ben ebrio de ron o de aguardiente y proclive a las más extrañas aberraciones, a veces Henry Avery (o John, John Avery, tal como lo bautizaran en aquella aldea cerca de Plymouth; John porque su madre quería que se llamase como el poeta Dryden y que algún día llegara a ser como "The Wild Gallant").

Cuando se llamaba Henry (o John) Avery, más que un pirata parecía un buenísimo, correctísimo y honestísimo burgués. Se divertía agasajando y reverenciando a los prisioneros con modales cortesanos, y los prisioneros, una vez a salvo, hablaban de él como de un caballero. Claro que no sucedía lo mismo cuando los capturaba como Bridgeman, porque entonces eran las violaciones (contra natura, of course), y otras cosas imposibles de transcribir. Y si de pronto se transformaba en Long Ben... mejor no hablar. Mejor no hablar de órganos geni-

tales cortados y arrojados a los tiburones, de cabezas insertas como trofeos en el palo de mesana, de cofres llenos de ojos y de manos y de narices, de libros encuadernados con la piel del enemigo vencido y de otros delicadísimos detalles más o menos culinarios (se dice que el plato favorito de Long Ben eran las ostras con salsa de párpados humanos, pero ésto no es del todo comprobable).

Sí, con sus distintos nombres era siempre el mismo y siempre diferente. Pero con uno de ellos (con uno solo, solísimo), llegaba a la plenitud, a la paz interior, al todo. Con el de Singleton. O Capitán Singleton, si prefieren ustedes volver a la infancia de la mano de Daniel Defoe.

Como Singleton no sólo era dueño de los siete mares, no sólo era dueño de todos los corazones femeninos en las costas de todos los continentes, no sólo era dueño de "Fancy" (nunca se vio un barco igual), no sólo era dueño de esclavos, doblones y espadas, sino que además se poseía a sí mismo. Como Singleton (oh Bob, my dear!), sentía a su alrededor la coraza del amor de centenares de mujeres (Rosita de Cádiz, Anne de New Providence, Ksonga del Golfo de Guinea, Libby de Boston, Aixa de Agra). Como Singleton (y solamente como Singleton, únicamente como Singleton), era el dueño definitivo de la princesa lejana, de la aurífera, de la perlífera, de la diamantífera Zeinab, hija única y dilecta del Gran Mogol, Zeinab dulcísima, Zeinab bellísima, Zeinab por siempre y por nunca, Zeinab más allá del tiempo, del después y del ahora.

En su primera juventud, cuando era un honrado marino de guerra, no imaginó siquiera un destino tan rico en abordajes, amoríos, brutalidad, torturas, vejaciones, aguardiente, erotomanía, cuchillos, tesoros y titiritainas. Pero un día, después de un viaje de dos meses, regresó a su casa para encontrarse con que su mujer, la amantísima, fidelísima y tontísima Mary... lo había abandonado. ¡Pobre John Avery! (pues entonces era todavía solamente y aburridamente John Avery) Pateó los muebles, rompió la vajilla, destrozó los retratos, salió y fue a emborracharse en la taberna del Cisne Negro. Allí se peleó con dos desconocidos y quizás (nunca estuvo seguro, porque los vapores del alcohol velaron piadosamente el asunto), estranguló a uno de ellos con el chal que Mary usaba los domingos. Lo cierto es que ahí empezó su vida aventurera. Esa misma noche. Cuando decidió ocultarse bajo un nombre supuesto, cuando durmió a la intemperie y cuando (al despertar), emprendió el camino de la costa.

Logró capitanear un barco negrero, protegido por uno de los gobernadores de las Bahamas. Pero eso no era suficiente. No quería protectores. Quería ser libre porque el mar le exigía libertad, libertad de proceder según su albedrío, libertad de cambiar de nombre (y de carácter) cuando las vísceras o el espíritu se lo exigieran, libertad de ser simultánea o intermitentemente todas las cosas que era: burgués, asesino, romántico, poeta, caballero, cínico, ingenuo, generoso, malvado, astuto, idólatra, cristiano... Y abandonó ese barco para trans-

formarse en contramaestre de velamen de un corsario inglés, el "Charles II", con intenciones de adueñarse de él lo antes posible. Lo hizo. Sobornó a la tripulación con promesas de oro, de ron y de mujeres. Obligó a la oficialidad a abandonar el barco, y se hizo a la mar con "su" velero, que cambió el solemne nombre real por otro infinitamente más volandero, más loco, más feliz, más prometedor: "Fancy".

La ruta del "Fancy" fue dejando una estela de ataques, destrucción y sangre. En la isla de Mai, Avery se apoderó del gobernador, guardándolo como rehén (y tratándolo noblemente), hasta que lo cambió por cincuenta sacos de azúcar, dos barriles de aguardiente, dos reses vivas y veinte bolsas de harina. Después, cerca de las islas del Cabo Verde, atacó a dos navíos daneses. Pero ya no era Avery sino Bridgeman, y pasó a cuchillo a los marinos rubios porque quiso hacerse con sus ojos un collar de cuentas azules (sólo pudo usar el collar durante día y medio, porque los ojos se pudrieron y su olor era tan nauseabundo como bello su color). Desembarcó después en la costa de Guinea, robando los lingotes de oro de un comerciante francés y capturando doce esclavos negros. Volvió a zarpar, dobló el Cabo de Buena Esperanza y desembocó en el otro extremo del mundo. Allí tendría lugar su mayor aventura.

En Madagascar hizo planes titánicos, absurdos, increíbles. Se trataba de fondear en la isla de Johanna y esperar allí el paso de la flota del Gran Mogol, que volvía de su peregrinación a La Meca. La

tripulación se enardeció, vitoreando su nombre, llevándolo en andas, imaginando ya un botín tan rico como los tesoros de la cueva de Alí Babá.

Esperaron diez días, hasta que asomaron en el horizonte las velas de los primeros barcos. Avery, desde lo alto de una roca, eligió al que había de atacar. Se llamaba "Gang-i-Saw", era el mayor de todos, y según los cálculos del pirata debía ser propiedad del Gran Mogol y llevaría en sus bodegas fabulosas riquezas. Y con el "Fancy" pertrechado debidamente para la lucha, se lanzó al abordaje. Fue terrible. Ni los cañones ni las cimitarras de los musulmanes pudieron contra la saña feroz de los piratas, que en poco más de media hora fueron dueños absolutos del "Gang-i-Saw", separándolo del resto de la flota y llevándoselo hacia la isla de Johanna.

Mientras navegaban, Avery hizo el recuento y el reparto. Cien mil piastras, cien mil cequíes, cofres llenos de perlas, rubíes y zafiros, una diadema que parecía hecha con soles y cincuenta y tres mujeres (todos los hombres fueron decapitados). Avery conservó para sí la mitad del botín y la diadema. En cuanto a las cincuenta y tres mujeres... dejó cincuenta y dos libradas a los apetitos de sus tripulantes. Porque a él le interesaba una sola. La joven que viajaba en el castillo de popa, decorado como un palacio de las Mil y Una Noches, la joven temblorosa y morena y sin velos, la hija única del Gran Mogol: Zeinab. Zeinab, cuya piel olía más dulcemente que los jardines de Marik: Zeinab, cuyo pecho núbil dibujaba una curva más dulce que las

dunas de Tadger-Saad; Zeinab, cuya voz era más susurrante que la de las cigarras del valle del Hedjr; Zeinab, cuyos ojos brillaban más que las dos estrellas Farhad... Zeinab, que tenía sólo dieciséis años y que temblaba de miedo. Justo es decir que el pirata no sabía que era la hija del Gran Mogol (lo supo después). Y justo es decir que iba hacia ella con las más infames intenciones, dispuesto a violar, a ultrajar, a escupir, a morder, a orinar, a mil cosas repulsivas y terribles. Pero cuando se enfrentó con la muchacha (más parecía una corza asustada que una mujer), sintió que todos sus aberrantes deseos cedían, que una enorme paz se apoderaba de él, que se transformaba sin querer y de repente. Y se quitó el sombrero, barriendo con él el suelo en una principesca reverencia, mientras decía:

—Madame: soy el capitán Singleton. Vuestro servidor.

Nunca supo quién le dictó ese nombre, que hasta entonces no había usado jamás. Nunca supo (¿o sí?) a qué se debía ese cambio, porqué retrocedían la ferocidad y la barbarie, porqué florecían en él las frases galanas como guirnaldas rococó, los sentimientos celestes y rosados, las lágrimas y las sonrisas. Nunca lo supo y nunca le importó saberlo porque desde ese momento lo único importante fue Zeinab. Zeinab se conmovió ante aquel Singleton (capitán Singleton) moreno y carirredondo y parpadeante y presa de ataques de timidez excesiva. No le fue difícil amarlo. Y cuando se casaron en Madagascar, ambos sabían que estaban ha-

ciendo lo mejor de sus vidas, que estaban cumpliendo su destino, que estaban realizando aquello para lo cual habían nacido.

Pasaron muchos años allí, entre cocoteros y arenas doradas, viviendo en una choza de paredes de barro y techo de bálago, comiendo pescado y carne de cerdo, conservando los tesoros sólo por las dudas ya que de nada servían las monedas y las piedras preciosas en ese estado de felicidad natural y perfecta. Vivieron viviéndose el uno al otro, amándose con los diez dedos de las manos y los diez dedos de los pies y lamentando no tener dos brazos más, cien brazos más, mil brazos más para estrecharse mejor.

Ni a Singleton ni a Zeinab les conmovió saber que la cólera del Gran Mogol fue terrible, y que se desató contra la "East India Company" a falta de culpables directos. Las factorías de Agra y Surat fueron clausuradas y, naturalmente, la "East India Company" pidió auxilio al gobierno inglés, para que se capturase al verdadero responsable y se lo entregara al Gran Mogol, calmando de una buena vez su ira. No, ni Singleton ni Zeinab se conmovieron. Pero cuando el pirata supo que uno de sus hombres lo había entregado, revelando su paradero, cuando presintió las tropas que pronto habrían de llegar para apresarlo, decidió volver al mar.

—Contigo se queda Singleton, Zeinab —dijo—. Pero Avery, Bridgeman y Long Ben se marchan...

Así fue. Zeinab sabía que de nada le hubiera valido llorar y suplicar. Dejó que las cosas siguie-

ran su curso, sin ignorar que Singleton también se iba con los otros, porque los nombres eran distintos pero el cuerpo que los contenía era uno solo y el alma que se revelaba en ellos también era una sola.

Avery logró reunir a casi todos sus viejos tripulantes, y confiando en la protección de aquel gobernador de las Bahamas que, años atrás, lo aceptara como capitán de un barco negrero, volvió a zarpar en el "Fancy". Pero al llegar a la isla de Santo Tomás se encontró con que su amigo el gobernador había sido suplantado, y el reemplazante los protegería sólo a cambio de una enorme fortuna. Los piratas aceptaron, ya que no les quedaba otro camino. Pero sus desdichas no habían terminado. Al contrario, empeoraban. El "Fancy", al entrar a puerto, chocó contra unos arrecifes y naufragó. Avery salvó parte de su fortuna, pero sus camaradas se dispersaron y fue muy difícil reunir treinta hombres fieles, llegar a Boston y comprar allí otro barco. Ya todo parecía oscuro, gris, sin esperanzas. Avery pensó que la crueldad podía salvarlo, y nuevamente como Bridgeman partió hacia Irlanda. En Dublín se separó de sus compañeros, pensando el mejor modo de regresar a Madagascar y a los brazos de Zeinab. Pero la criada de un hotel, sospechando al descubrir mil libras de oro en sus bolsillos, lo denunció... Avery huyó nuevamente, dolorido porque seis de sus amigos fueron ahorcados y otros deportados a Virginia.

Cruzó a Inglaterra y se refugió en Bideford. Lo poco que quedaba de sus tesoros (siete diamantes

como estrellas), se perdió en manos de tres comerciantes que le prometieron comprárselos y acabaron quitándoselos en prenda de silencio. Llegó el invierno, un invierno crudo y blanco. Encerrado en esa casa humilde, casi sin tener qué comer, Avery se transformó nuevamente en Singleton. Un Singleton inmóvil, que sólo en sueños navegaba en las azules aguas del océano Índico, que sólo en sueños volvía a abrazar el cuerpo moreno de Zeinab. Sólo en sueños. Y entre esos sueños floreció el más hermoso. Fue a principios de la primavera; el médico dijo que era delirio producido por la fiebre perniciosa que se había apoderado del antiguo pirata. Pero no era delirio, no. Era un sueño, un sueño tangible, visible, concreto; un sueño donde primero sonreía la cara del mascarón de proa del "Fancy", navegando a favor de los vientos alisios. Después eran los árboles, los árboles que arrullaban cargados de tórtolas, y bajo los árboles Zeinab sonriente y él, Singleton, llevándole corales, caracoles, estrellas de mar. Y era también la mestiza que les servía frutas tropicales en grandes hojas de palma, y era también la lluvia cayendo sobre el techo de bálago de la choza, y eran el bosque insumiso, el sol amarillo, la llanura del mar azuleante, vasta, infinita como ese sueño que lo conducía hacia Zeinab, la princesa lejana.

El mismo médico que dijo que era delirio, certificó la defunción de John Avery (nacido en 1665, muerto en 1697) a causa de una fiebre perniciosa. No hubo casi nadie en el entierro. Sólo la mujer que preparaba la comida y lavaba la ropa del

pirata, dos vecinas curiosas y el enterrador, preocupado por la lápida que pondrían en la tumba. Nadie pudo, pues, reconocer el cadáver. No cabe duda que era el de Avery. O el de Bridgeman. O el de Long-Ben. Pero nadie dirá nunca que el muerto era Singleton. Porque eso es mentira. Singleton navega todavía a bordo del "Fancy", en un sueño sin principio ni fin, hacia donde lo espera la princesa lejana. Y ella, Zeinab, otea esperanzadamente el horizonte. Y siempre tiene diecinueve años, la edad que tenía cuando Singleton zarpó, abandonándola, hace ya casi tres siglos.

"Sólo con un nombre el amor puede vivir eternamente."

SEGUNDA PARTE

FÁBULAS DE LA NOCHEBUENA ESPAÑOLA

LA NOCHEBUENA DE TROTACONVENTOS

—La religión, Trotaconventos... la religión es Dios. Y Dios es amor, es vida, es luz, es agua, es piedra, es árbol. Los hombres simples aman la vida tal como es. Y huyen de los pecados del espíritu, que pierden a los ángeles. Los de la carne, en cambio, no corrompen el alma cuando se teme a Dios. "Qui timet Dominum, faciet bona". Temer a Dios y amar a sus criaturas... Especialmente a las mujeres. ¡Ese es el secreto de la felicidad!

Así solía hablar el Arcipreste y Trotaconventos escuchaba, yendo después a servirle de intermediaria con doña Endrina, con la monja doña Garoza, con la mora Celima o con cuanta trotera o juglaresa pasara por la sierra de Hita. Recibía a cambio las demostraciones de dicha del Arcipreste y algún anillo de estaño, hebillas de latón, prenderos de paño púrpura o monedas de plata. Trotaconventos amaba el oficio de ayudar a pecar a los demás, y amaba por sobre todas las cosas las palabras, porque ellas eran el mejor uso de la inteligencia para seducir a los que no son inteligentes. Pero su alegría de vivir había menguado mucho desde la prisión del Arcipreste, ordenada por el reverendísimo cardenal

don Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo. ¡Triste cosa! ¡Encarcelar a un garañón como aquél, velloso, de anchas espaldas, amante de cántigas y juglarías y por quien suspiraban aún la Chata del Malagosto, la Gadea de Riofrío y también —de seguro—, alguna encumbrada señora encastillada en todo menos en su virtud! Triste cosa, en efecto, sobre todo ahora que la pobre Menga Lloriente, esclava de amor del Arcipreste al punto de abandonar Val Cornejo para cuidar de su humilde casa durante la ausencia... estaba por dar a luz. Trotaconventos, que algo conocía de curas mágicas y de partos, estaba calentando agua en una marmita y masticando una cebolla con pan bodigo, mientras esperaba el momento. Una vez que hubiese ayudado a nacer al niño se iría a buscar posada en alguna casa señorial, porque la Nochebuena siempre resultaba propicia para su oficio ya que no faltaban caballeros que le diesen algunos maravedíes a cambio de sus alcahueterías. Claro que no había caballeros que igualasen en magnificencia y bonhomía al Arcipreste. Pero el Arcipreste no estaba, la noche era fría y la vida era difícil...

Cerca de la medianoche, la Menga Lloriente empezó a gemir con fuerza y a apretarse el vientre con ambas manos. Trotaconventos era hábil, y al punto estuvo junto a ella. A las doce en punto bañaba al recién nacido con diligencia y presteza, lo envolvía en su propio manto de estameña y lo entregaba a la madre. Y estaba dispuesta ya a marcharse, para realizar su oficio y ganar algún dinero. Pero la Menga Lloriente le pidió que no lo

hiciera. En la puerta de la casucha Trotaconventos se detuvo, escuchando a los niños que cantaban a lo lejos: —"¡Nacido es el Criador, que de las gentes es el Señor!"—. Se volvió, enfrentándose con el cuadro de la Menga Lloriente, sentada en el mísero lecho y sosteniendo al niño en sus brazos morenos. A través de la ventana se veían caer los primeros copos de nieve; era como si el cielo se deshiciera en rosas blancas. Recordó las palabras del Arcipreste: —Dios es amor, es vida, es luz, es agua, es piedra, es árbol...

Trotaconventos se arrodilló junto a la madre y al recién nacido, y adoró en ese recién nacido, hijo del Arcipreste de Hita, a Nuestro Señor.

LA NOCHEBUENA DE MARITORNES

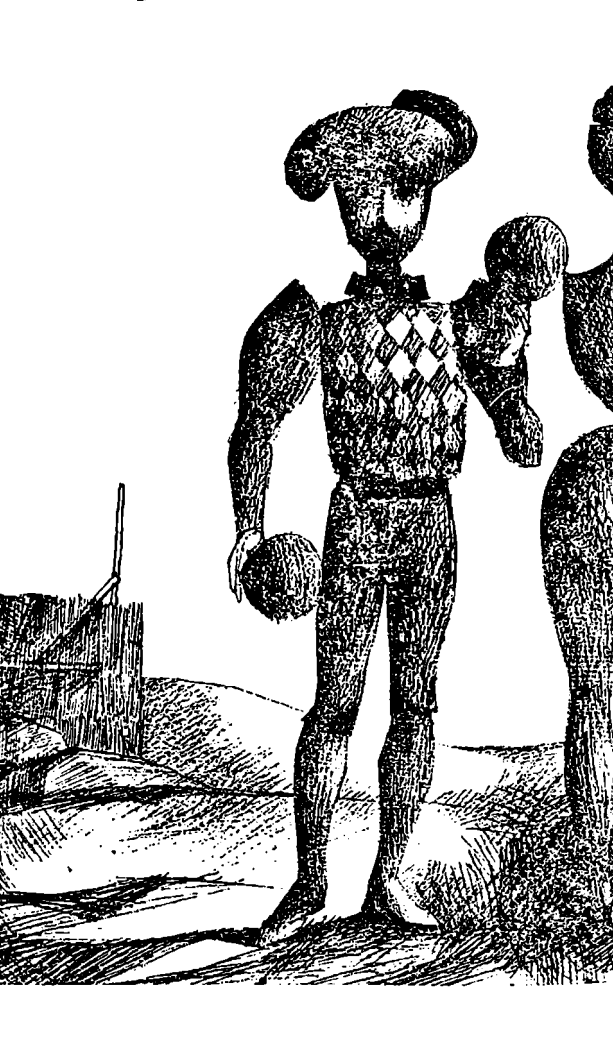
Maritornes trajina en la venta yendo de un lado para otro, seguida por las pullas de los arrieros y las insolencias de los soldados. Está acostumbrada, y si bien en comparación con su vida son dulces las tueras y sabrosas las adelfas, ni una queja sale de sus labios. Es humilde sin rencor, trabajadora sin odio, sirvienta sin hiel.

La noche del veinticuatro de diciembre es azul, gélida, estrellada. Maritornes enciende el fuego. Crujen las ramas verdes y un humo blanco se eleva rápidamente; después las llamas se lo tragan. Dos o tres chiquillos arrojan castañas y bellotas a las brasas. Estallidos y carcajadas infantiles. Maritornes ríe también. Le es fácil reír en Nochebuena, porque es Nochebuena y porque además tiene concertado refocilarse, al dormirse los amos y sosegarse los huéspedes, con un estudiante joven y limpio, de miembros finos y ensortijados cabellos rubios. El estudiante no sabe nada, pero Maritornes está segura de que no rechazará un cuerpo cálido en la cama fría. Sobre todo porque en la oscuridad no se percatará de su boca desdentada por la sífilis, de sus cejas peladas, de su nariz roma, de sus ojue-

los velados por un humor acuoso que destila constantemente. Y Maritornes ríe, ríe ante los insultos del mesonero Juan Palomeque, ante las palmadas de un arriero rijoso. Las risas arrecian cuando un recién llegado, mozo de mulas, empieza a contar a gritos que, después de recibir todos los sacramentos y abominando con eficaces razones los libros de caballería, ha muerto don Alonso Quijano, que tanto tiempo estuviera loco y recorriera caminos con el nombre de Don Quijote, creyéndose caballero andante. Maritornes recuerda muy bien su escuálida figura, y también el mofletudo rostro de su escudero Sancho. Recuerda la noche en que el herido caballero llegó a la venta, confundiéndola con un castillo. Recuerda que iba ella a la cama de Sancho, cuando sintióla don Quijote y la atrajo hacia sí, diciendo que era de cendal su camisa de arpillera, de perlas orientales las cuentas de vidrio que traía en la muñeca, de hebras de oro de Arabia sus cabellos cochambrosos recogidos en una albanega de fustán. Recuerda que la llamó "señora y doncella". ¡A ella, a Maritornes! Es como para reír. Pero la risa se transforma en lágrimas y Maritornes llora.

Mucho después de medianoche, con tácitos y atentados pasos, Maritornes entra en el aposento donde se aloja el estudiante. Se siente como pensada por Don Quijote: joven, doncella y hermosa. Acerca el candil al lecho y contempla al mozo dormido. Es muy distinto del hidalgo manchego. Enjuto, bien conformado, casi un niño. En el suelo están el espadín, el birrete, la golilla, los escarpines, las calzas, la casaca y la camisa. Maritornes recoge y

ordena todo. Después se suelta los cabellos. En ese momento se siente más agraciada que Oriana, más inquietante que Urganda la Desconocida. Sus pies son dos palomas blancas, su cuerpo el surtidor de una fuente, sus ojos dos estrellas negras. Y las lágrimas que llora todavía, mientras se mete en la cama del estudiante, son lágrimas de agradecimiento al Caballero de la Triste Figura, que por segunda vez en su miserable vida le ha regalado belleza.



LA NOCHEBUENA DEL LAZARILLO

"Pues sepa vuestra merced, ante todas las cosas, que yo soy buen creyente y devoto de Nuestra Señora; y que el haber servido a ciegos miserables, presbíteros roñosos, escuderos famélicos o bulderos desvergonzados, no hame quitado ni un poquitillo de fe. Tampoco el sisar o el hurtar han hecho mella en mis creencias, y antes quisiera ser muerto que renegar de lo que enseña la Santa Fe Católica. Pero hame sucedido algo que debe ser cosa del diablo, y ello fue el mismo año que nuestro victorioso emperador entró en esta insigne ciudad de Toledo y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos, como Vuestra Merced habrá oído. No había llegado aún a la cumbre de mi buena fortuna, y andaba buscando con quién asentarme, cuando al caer la noche una porfiada lluvia obligóme a buscar refugio en la primera iglesia que por mi ventura di, donde oí misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida. Mas quedéme yo acurrucado en un rincón, dispuesto a pasar allí la noche, y ni el olor a cera y a incienso enranciado fueron bastante para quitarme el hambre que me aguijoneaba las entrañas. Pues así estaba, llo-

rando mi trabajosa vida de bellaco y gallofero y mi cercana muerte venidera. Y como al presente no creyese sino estar yo solo en la iglesia, púseme a dar voces al cielo para que me socorriese. En ello estaba cuando alguien puso su mano sobre mi hombro, y escuchar pude una voz que me decía: "Tú, mozo, ¿no sabrás acaso dónde encontrar posada?" Vuestra Merced crea, cuando esto oí, que estuve a poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como de miedo. Volvíme y vi que el que así me hablaba era sin duda un hebraizante, por su ropa y por su continente. Plugo entonces al Señor librarme de todo temor, y alumbrado por el Espíritu Santo respondí que sí. Porque al ver detrás de aquel hombre a la más hermosa y casta de las mujeres, percatéme de que no eran sino San José y la Santísima Virgen, que como hace muchos años y en lueñes tierras buscaban un lugar dónde alojarse para que María alumbrase. Y así estuve con ello gozoso, y llevélos transponiendo las largas y angostas calles hacia un lugar en la Sagra de Toledo que bien conozco, donde suele haber salvado, leña, almohazas, mandiles y montones de heno. Y déjelos entrar con su borrico y quedéme en la puerta, porque la parturienta quejábase ya de dolores y San José salía en busca de ayuda y una estrella demasiado grande aparecía entre las otras. El viento que soplaba a través de los robledales hubiérase dicho trompetas de ángeles, y de rodillas hinquéme para rezar por mí, Lázaro de Tormes, en quien Dios tan señaladamente se señalaba, cuando oí el primer vagido y después otros, y me creí ya entre aquellos bienaventurados pasto-

res y peregrinos de los que háblanos el Evangelio. Entréme en el lugar donde la parida estaba adorando al Niño, para ser yo el primero en contemplar la maravilla. ¡Oh, gran Dios, quién estuviera a aquella hora sepultado, que muerto del susto ya lo estaba! Porque no había sólo un niño sino dos, dos rollizos infantes recién nacidos, dos preciosos llorones, dos querubines rubios. ¡La Virgen había tenido mellizos! Y puédese pensar que me equivoqué, pero era el venticuatro de diciembre a medianoche y yo no había bebido ni el más pequeño jarrillo de vino. Por eso digo que debe ser cosa del demonio, para que yo no determine arrimarme a los buenos.

De lo que aquí en adelante me sucediere avisaré a Vuestra Merced.

LÁZARO DE TORMES."

TERCERA PARTE

FÁBULAS PARA EMBRUJADOS

TAN LINDA EN CAMISÓN,
JULIANA

Esa noche soñó que ella lo devoraba. Comenzaba royéndole la uña del meñique. Después, minuciosamente, cariñosamente, le arrancaba los dedos y lamía cada falange con su rosada lengua de gata. No dolía, era más bien agradable. Él seguía sintiendo los dedos arrancados ya de la mano, los sentía en las manos de ella, en la boca de ella, en los crueles dientes de ella que trituraban sin piedad, hasta arrancar el último trozo de carne. Cuando los huesecillos quedaban completamente pelados, blancos, los arrojaba al suelo, al pie de la cama, y empezaba a morderlo en el cuello, en los hombros. El dolor —el verdadero, el hondo dolor— tenía principio en la tetilla izquierda, cuando ella le abría el pecho con las uñas y metía sus dos manos y sacaba el corazón y parecía la sacerdotisa de un culto antiquísimo, elevando ese pedazo caliente y palpitante y ensangrentado hacia una alta deidad invisible, sonriendo con los ojos cerrados, tan feroz, tan ella misma, tan linda en camisón, Juliana.

Despertó de golpe, sintiendo que había mojado la cama y diciéndose idiota, sos un idiota, ya no tenés edad de poluciones nocturnas, que va a decir

doña Sabinita. Pero doña Sabinita no diría nada, él era su pensionista predilecto, el que merecía tallarines con crema los domingos y podía atrasarse hasta quince días en el pago sin hacerse acreedor a reproches, a leche cortada y a bifes rancios.

Se vistió lentamente, paladeando aún el sueño delicioso y terrible. Lo primero que hizo al llegar a la oficina, fue buscar con los ojos a Juliana. Ella, menuda y casi insignificante en su tailleur gris, estaba en el escritorio del rincón, escribiendo a máquina. Como de costumbre. ¿Cómo de costumbre? No, tenía que pasar algo distinto, tenía que suceder cualquier cosa fuera de lo rutinario, de lo cotidiano... Tenía que atreverse, de una buena vez, a hablar con Juliana. Se le acercó mucho, simulando que buscaba unos expedientes para no provocar la ira de Bermúdez, el petiso Bermúdez, que desde que era Jefe de Personal se creía quién sabe qué cosa. Cuando rozaba con su mejilla el pelo lacio de Juliana, murmuró apenas: —"Anoche soñé con vos"—. Y tuvo que apartarse de golpe, casi como si le hubieran contestado con una bofetada, cuando captó el sentido de la respuesta femenina: —"Yo también"—. —"¿Vos también? ¡Jurámelo!" Ella alzó los ojos casi amarillos, los ojos felinos. Y ronroneó: —"Te lo juro, Carlitos"—.

Aquello era mucho más de lo que nunca esperara. Tartamudeó tratando de decir algo más. Al cabo le salieron tres palabras: — "¿Y esta noche?" Juliana dejó de teclear por un instante. Parecía que estaba a punto de maullar y de restregarse contra él.

Una tos seca de Bermúdez la contuvo. Pero dijo:

—"Bueno, Carlitos, soñemos también esta noche"—. No se volvieron a hablar durante toda la mañana, pero él se la pasó silbando de puro contento.

Fue un sueño simple, casi ingenuo. Juliana estaba sentada en la cama, con las piernas delgaditas y morenas cruzadas como las de un fakir. Tenía un camisón amarillo con muchas cintas en el escote. Y el cabello suelto. Infantil, preciosa. Nena mía. Él le tendía las manos, ella las tomaba entre las suyas, apretando suevamente, y se las llevaba a la boca empezando a mordisquearle las uñas. Una deliciosa cosquilla en las yemas de los dedos y después la profunda negrura del olvido. Al otro día se levantó radiante. Hizo como treinta flexiones y al enfrentarse con el espejo, mientras se afeitaba, se encontró rejuvenecido. Se peinó con cuidado y recién cuando se anudaba la corbata notó que tenía las uñas comidas. Recordó el sueño. Cuando llegó a la oficina le mostró las manos a Juliana. Juliana sonrió. —"Sos un amor"—, dijo.

El sueño de la noche siguiente fue mucho mejor. Juliana, con un camisón celeste estampado de conejitos blancos y rosas, tenía todo el aspecto de una niñita traviesa. Juguetearon un rato en la cama; cosquillas y esas cosas. Cuando ella empezó a morderle las manos, él pensó que moría de gozo. Fue una lástima despertar, y un problema discar el número de la oficina para avisar que no podía ir porque se había quedado sin dedos. Llamó a gritos a doña Sabinita, inventó un accidente increíble, le pidió que telefoneara por él. Doña Sabinita, entre aterrada y compasiva (pero contenta con el nuevo

tema de charla que la transformaría en la reina de la cola del kerosén), lo ayudó, lo vendó y le preparó un caldito de gallina. Le costó convencerla de que no llamara al médico, pero lo logró.

El sueño siguiente no se hizo esperar demasiado. Ni siquiera dos horas. Después del caldo empezó a cabecear y se adormiló sin darse cuenta. El camisón de Juliana era rojo y le caía en pliegues rectos desde los hombros dorados. Juliana estaba comiendo algo que parecía una pierna humana masculina, blanca, musculosa, con algunos pelos hirsutos; él miró hacia abajo para comprobar, naturalmente, que esa pierna era la suya. La cosa le gustó bastante, porque los dientes de Juliana hincándose en el muslo le produjeron una sensación deliciosa, que no duró mucho puesto que doña Sabinita lo despertaba ya, sacudiéndolo y gritando desesperadamente algo acerca de piernas y de sangre mientras elevaba, como un trofeo, un fémur descarnado. —"¡Pero si no es nada, señora, le aseguro que no es nada!"—, insistió él, pensando que de todas maneras las piernas sólo sirven para caminar y que uno no necesita caminar para soñar.

El último sueño —esa misma noche, con Juliana amorosa desnuda debajo de un baby-doll de encaje negro—, fue sin duda el mejor. Ella se inclinaba sobre su cuerpo, su pobre cuerpo ya sin dedos ni piernas; lo besaba largamente en los labios y después seguía besándolo en el cuello, en el pecho, deteniéndose alrededor de las tetillas y descendiendo luego más abajo, más abajo, más abajo.

—¡Yo sólo sentí un grito terrible!—, explicaba

poco después doña Matildita a los desconcertados policías. —¡Un grito como de dolor y alegría a la vez! Y vine corriendo como loca y ustedes ven... ¡no encontré más que esto!— Doña Sabinita lloraba, señalando el cadáver de Carlos horriblemente mutilado.

A LAS ESQUINITAS

Mucho y muy mal se habló de Sandro —¡poverino Sandro!—, y sólo porque era pintor y porque era diferente. Bastante diferente, claro, con esa capacidad tan suya de proyectar sus ideas en juegos de birlibirloque —pero ésta es una palabra de Gladys, siempre rebuscada con ese dichoso berretín de escribir teatro para niños—.

Sí, se habló de Sandro. ¡Y cómo! Se dijo que las suyas eran ideas de extremista, que su acné era producto de una enfermedad infame, que sus preferencias lo conducían por el camino de Sodoma —camino muy transitado pero poco aceptado aún—. Se habló. ¡Ya lo creo que se habló! Hasta Gladys habló y eso que Gladys se hubiera casado con Sandro de todo corazón y otras vísceras. Que drogadicto, que dipsómano, que íntimo de un bailarín del Maipo, que contacto con los guerrilleros de Camiri, que la mar en coche. Sandro tenía el don de crear a su alrededor un blablablá perenne, y él no hacía nada por detenerlo. Al contrario. A veces invitaba a sus íntimos al atelier y demostraba, sin querer, sus habilidades. Habilidades que no requerían la ayuda del LSD, la marihuana o la sim-

ple ginebra, ya que eran absolutamente naturales. Un noche Sandro reunió a varias personas y —creyéndose rodeado de amigos— se puso a pensar. Es sabido que con sólo pensar, Sandro lograba concretar cosas que algunos consideraban extrañas. La gente se asustó bastante cuando la palmera enana comenzó a estirarse al compás de la música, alargando sus hojas como manos verdes para acariciar a los presentes, y cuando del cielorraso salieron unas maravillosas lianas peludas que se enroscaron con auténtica ternura —sin apretar demasiado— alrededor de las cinturas más gráciles. Y hasta Gladys profirió los gritos que usaba al representar a Colombina cuando apareció el extraño animal con cuello y cabeza de jirafa y cuerpo de cocodrilo y Sandro, entusiasmado, se abrazó al bicho exclamando: —"Sono fortunatisimo! E la prima volta che faccio un jirodrilo!"—. El jirodrilo anduvo por ahí, coqueteando con todos, pestañeando con sus grandes ojos dulcísimos, pero sin lograr convencer a nadie de su mansa domesticidad. Y los amigos empezaron a retirarse con forzadas excusas, temerosos de que se sucedieran hipopocerontes, rinofantes y otros monstruos menos dóciles que el jirodrilo.

Esto sucedió poco antes de que Sandro desapareciera. Porque Sandro desapareció. Una mañana de primavera desapareció. De-sa-pa-re-ció. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Ante la llorosa Gladys se presentaron inquisidores policías y justicieros conocidos, diciendo que a Sandro era mejor perderlo que encontrarlo, que más vale solos que mal

acompañados, y que el susodicho se hallaba sin duda en una isla-leprosario del Paraná, o en Londres donde como se sabe las leyes protegen a los depravados, o en La Habana maquinando algún horror contra la democracia. Gladys se conformó, a la corta. Conoció a un corredor de seguros que era más seguro que corredor, volvió a hacer teatro para niños y comenzó a coserse camisones con reales posibilidades de usarlos. Y no pensó más en Sandro ni en esos comentarios que no se acercaban ni remotamente a la verdad. Esa verdad que nosotros descubrimos en el reducto de Madame Spinelli —no lejos de la escalera del pasaje Seaver—, mientras la adivina colocaba sus manos sobre la bola de cristal y en ella veíamos a Sandro.

Aquel domingo —¡cuánto sol, cuánta luz, cuánta primavera!—, Sandro salió a caminar por Buenos Aires. No iba a ningún lugar determinado. Pensaba tan sólo en respirar a la ciudad, en absorberla, en consustanciarse con ella. Porque estaba enamorado de la reina del Plata, nada parecida a su natal Florencia y sin embargo tan rica, tan misteriosa, tan inquietante. Iba Sandro con las manos en los bolsillos de su pantalón de corderoy color borravino; iba Sandro con el cabello al vientito; iba Sandro silbando y canturreando Lucy in the sky with diamonds; iba Sandro feliz mirando a la ciudad reflejada en las vidrieras y pensando en lo linda que sería del otro lado de sus múltiples espejos, en ese lugar donde el río estuviera en Lomas de Zamora y San Isidro en Quilmes y Ezeiza en Campo de Mayo. Iba y sin saberlo iba hacia adentro, hacia

los reflejos; iba sin darse cuenta hacia su mundo. Así llegó a una esquina que le era conocidamente desconocida. Miró las placas indicadoras: Talca Fe y Santahuano. Linda esquina. Dobló por Santahuano y bajó a un ómnibus que se deslizaba por sobre su propio techo, con las ruedas en el aire. Subió en una esquina cualquiera y echó a caminar por la ancha avenida en cuyo extremo se veía un obelisco invertido; al llegar a una esquina supo dónde estaba: Florientes y Corrida. Allí tomó un tren aéreo que lo dejó en otro lugar desconocido y siguió jugando a las esquinitas, caminando apurado y siempre para atrás. Y así Rivabobo y Caradavia, así los rascacielos creciendo hacia abajo, horadando la tierra; así Camento y Jurabildo y qué lindo el aire de primavera y andar haciendo frente al mundo con la espalda; y Libervia y Catador, y Juralda y Esmencal y plaza Mar Santín y para abajo los treinta y tantos subsuelos del Hganavac; y Canquista hasta Recongallo y de las puertas de los bancos billetes volando como palomitas y al final la plaza con palmeras al vesre y la Rosa Casada toda de rosa y soltera o viuda de presidente constitucional. ¡Qué feliz se sintió Sandro en ese instante! ¡Qué feliz se sintió al darse cuenta de que salía del mundo aparente y penetraba en el verdadero! No le importó que eso borrara su cuerpo de a poquito, no le importó que la ciudad se lo tragara. Tampoco le importó —porque ya no estaba, ya no era—, que inmediatamente después todo volviera a su sitio, un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar: árboles con la copa hacia arriba, dinero vol-

viendo al banco, gente caminando hacia adelante, adusta Casa Rosada, Gladys participa su enlace con, esquinas reordenándose y recuperando aburridos nombres de todos los días.

EL DELFÍN

Ahora mirás las manchas de aceite que flotan, se estiran, atrapan un rayo de sol y lo transforman en mil destellos iridiscentes; mirás el color grisáceo del agua y te acordás de lo que decía Federico: que para hablar del agua hay que buscar palabras líquidas, palabras que (quizás) no tengan nada que ver con H_2O por su significado, pero que por su sonido sean zambullida, remolino, salpicadura, sensación de fría caricia en todita la piel. Palabras (sí, reíte, es imposible dejar de hacerlo) como glúteo, albaricoque, clancia u ombligo. O mejor las otras, las popísimas: splash, boing, flípiti-flápate. Eso decía Federico. Claro que era un tipo muy especial, muy mellizo de sí mismo, tan parecido a él como sólo él podía parecerse (nunca se contradecía, nunca se tenía bronca, nunca se olvidaba de su paraguas, de su sobretodo o de su cumpleaños). Hacía una espléndida pareja consigo mismo, qué Federico éste. Acordate, acordate cuando lo esperabas en la calle Córdoba, frente a la Alianza Francesa: acordate de él que venía silbando con sus libros y sus pantalones gastados en las botamangas y aquel suéter color verdosientísimo; acordate de las clases con

Madame Léfebre y del je suis y de Federico conjugando el verbo en presente de indicativo con su voz gorgoteante y diciéndote después (despacito, para que nadie sino vos lo oyera): sí, mucho je suis, pero yo quisiera saber lo que soy, tal vez a fuerza de repetir je suis llegue a ser algo, algo, algo o alga, alga o estrella de mar o delfín y por fin Federico. Y vos respondiendo callate loco y él con su sonrisa y su galimatías algo o alga o delfín y por fin Federico. Bueno, pero a pesar de eso él era un coso macanudo, siempre tenía cigarrillos que no fumaba (son fuego, decía, y yo detesto el fuego); siempre era capaz de invitarte al Real y de reírse con Tom y Jerry y con el Correcaminos y con el Pájaro Loco; siempre estaba dispuesto a dar una mano, a prestar unos apuntes o a soplar en un examen. Fueron lindos esos años, aunque sólo se veían en las clases de la Alianza y ni vos sabías qué hacía él con el resto de su tiempo ni él sabía lo que hacías vos. Y ni a vos ni a él les importaba, era suficiente con los encuentros tres veces por semana, repetidos a lo largo de seis años y jalonados con déjà plus d'une feuille sèche y otras poesías memorizadas aunque no todas memorables, con la Seine y la Loire, con castillos y con l'histoire de France tan divertidísima (por qué la nuestra no será por el estilo), con Corneille y con Racine y con Descartes y con toda esa gente y esos lugares lejanos que te acercaban a Federico en el sueño para cuando nos recibamos: la beca y nos vamos a Francia, vos sabés, viejo; París, mirá que vamos a disfrutar de lo lindo; Pigalle, Montparnasse, el

Flore y el Deux Magots; y veremos pasar a Sartre y a Simone de Beauvoir y a Brigitte Bardot (después fue Mireille Darc); y alquilaremos una chambre de bonne bien bohemia... Todo eso, todos los sueños amontonados y galopantes mientras comían sandwiches de pollo en el bar de al lado de la Alianza, o mientras (esto en las noches de verano opresivas y viscosas) se sentaban en el borde de la fuente de Córdoba y 9 de Julio y allí Federico metía ambas manos en el agua y transformaba el viaje hipotético y futuro en las palabras-conjuro para hablar del agua: clave, gorguz, deleite, feble, nódulo y otras que no te acordás porque eran difíciles y estallaban como burbujas y se perdían en el aire. Algo o alga o delfín y por fin Federico.

La sirena del barco te sobresalta. Pronto colocarán la planchada y descenderás. El Havre y el tren directo a la Gare Saint-Lazare. París. El sueño hecho realidad, vos ya casi pisando Francia, vos acodado en la borda del "Río Tunuyán" y acordándote de Federico, vos mirando el agua y sin encontrar para el agua las palabras que él encontraba o inventaba, vos aquí y Federico quién sabe donde, quién sabe donde, quién sabe donde... Volvés al camarote para buscar tu equipaje, y allí te encontrás también con el equipaje de Federico. Vos mismo arreglaste los trajes, las camisas, vos mismo doblaste los pañuelos, envolviste los zapatos en bolsas de plástico y alisaste las corbatas, todo pensando que habría que devolverlo a Buenos Aires y que tendrías que encargarte de eso. Mirás a tu alrededor y te acordás del día en que se embarca-

ron, después de casi un mes de festejos por la beca que los dos habían obtenido y que concretaba las ilusiones tejidas a través de tantos años. Te acordás de la cara luminosa de Federico cuando te hizo notar que el camarote estaba a unos dos metros debajo de la línea de flotación, te acordás de cada una de sus palabras: estamos abajo del agua, viejo, me siento como en mi casa. Y cómo le brillaban los ojos, madre mía. Vos no le hiciste mucho caso, te limitabas a aceptarlo así, tal como era. Sólo que en el viaje empezó a ser mucho más él que de costumbre, empezó a parecerse cada vez más a su propio yo y al mismo tiempo a cambiar (al menos eso te parecía, te parecía que se volvía escurridizo, que no caminaba sino que saltaba, que su rostro se aguzaba extraordinariamente cuando sonreía con esa expresión inteligente y sobradora nunca advertida hasta el momento). Compartir el camarote era cómodo y agradable, porque Federico era un tipo más bien callado y simpático y tolerante y seductor como todos los de Piscis. Además, te facilitaba tu relación con los otros, especialmente con ese grupo de chicas de la Santa Unión que parecían pitucas pero no debían serlo tanto si viajaban en clase única; a vos solo no te hubieran dado mucha pelota, pero yendo con Federico todo cambiaba porque Federico las atraía como la miel a las moscas y al llegar a Santos ya era la viva caracatanga; se divertían como locos, se reían de medio mundo, eran jóvenes y tenían por delante Europa y la vida entera.

Antes de amontonar las valijas (las tuyas, no las

de Federico), junto a la puerta, revisás el placard para ver si no te olvidás de nada. Y allí, en un rincón, encontrás los dos pergaminos simbólicos que les dieron en la Fiesta del Cruce del Ecuador. El tuyo te hace el honor de elegirte "Foca" (te mirás al espejo y no podés menos que reírte: tu cara redonda, tu nariz redonda y tus bigotes te asemejan justamente a una foca). Pero también está el de Federico, y Federico en ese diploma de juguete es el "Delfín", y vos te acordás de las extrañas palabras (algo o alga o delfín y por fin Federico), y te acordás también (pero con un erizamiento que no es miedo aunque se le parece), del día de la Fiesta, de la prenda que tuvieron que pagar vos y Federico: zambullirse en la pileta del barco y aguantar debajo del agua. Ganaría el que permaneciera sumergido durante mayor tiempo. Los dos saltaron simultáneamente; vos te apretaste la nariz con el índice y el pulgar de la derecha y debajo del agua celeste abriste los ojos y no lejos de donde estabas viste el cuerpo de Federico, y fue tal vez por el efecto del agua o por la presión o por quién sabe qué... pero en lugar de los brazos y las piernas largas y la piel tostada por el sol y los cabellos desparramados y el short a lunares rojos y azules de Federico, viste una especie de flecha plateada y veloz con aletas cortantes: viste a Federico y en Federico el Stenodelphis Blainvillei de mirada inteligente y sonrisa larga y dientes cónicos y saliste a la superficie apenas a los treinta segundos aguantándote los silbidos del público y esperando que apareciera Federico en un salto es-

pectacular, arrojando vapor por el único agujero de la nariz, delfín al fin. Pero salió Federico ser humano (todavía), mirándote con la misma sonrisa, ganador de la prueba, merecedor de los aplausos; cómo no iba a ganarte él que ya se acercaba y te palmeaba y buscaba en tus ojos la complicidad que desde el principio (desde mucho antes, desde cuando lo escuchabas buscar palabras líquidas para hablar del agua), le prestabas incondicionalmente. Y siguieron bailando y comiendo y bebiendo y riéndose con los demás, como si nada hubiera pasado.

Vos esperabas que esa noche él te dijera algo. ¿Qué? No lo sabías, por supuesto. Te acostaste antes, fue Federico quien apagó la luz al volver del baño. Ya estabas en tu cucheta (la de arriba). Oíste los ruidos que él hacía al acostarse: zapatos que caen, sábanas que crujen, bostezo, chirriar de maderas. Y después su voz, su voz de espuma y burbujas, su voz diciendo quedate tranquilo, viejo, que cualquier cosa que pase va a pasar porque yo quiero.

Te quedaste dormido con esas palabras. Dormido como un tronco (cosa rara, vos que tenés el sueño tan liviano). Las sacudidas que te daba un oficial te despertaron, en medio del bochinche infernal, de las palabras entremezcladas de todos los que querían darte la noticia: su amigo, pero qué cosa, qué barbaridad, es insólito, oiga, se tiró al agua, no se pudo hacer nada, no se pudo hacer absolutamente nada...

Todos se sorprendieron de tu tranquilidad. Te

criticaron, dijeron que eras un insensible, comentaron que la muerte de Federico te había alegrado en el fondo. Pero vos no les hiciste caso. ¡Qué les ibas a hacer caso! Total, acodado en la popa, veías a diario aquel delfín que seguía, en saltos intermitentes, la estela del barco. Y comprendías las palabras extrañas: algo o alga o delfín y por fin Federico.

MASCARADA

Detiene el auto entre los muchos que ya están estacionados en el parque. Lo cierra, desciende y se dirige hacia la gran casa iluminada caminando como un autómata. Escalera, columnatas, inmenso vestíbulo y la gente surgiendo de todas partes con trajes de época. Extraña flora casi humana: colonias de pólipos, holoturias, fisalias, celentéreos, anémonas, estrellas de mar (¡qué hago yo aquí, qué hago!).

De pronto se encuentra frente al espejo veneciano profundo y misterioso (no parece un espejo sino una puerta abierta hacia —o desde— el pasado), y se detiene sorprendido al contemplar su propia imagen, tan extraña como las de todos los personajes que se mueven a su alrededor en la absurda mascarada de carnaval: tan extraña, sí, pero inexplicablemente más verdadera, como si lo suyo no fuera un disfraz (lo siento como mi propia piel) sino su ropa de todos los días: jubón de terciopelo negro y collar de oro y calzas ajustadas y birrete con airón (¡qué hago yo aquí con este traje de teatro cuando detesto los disfraces y las fiestas! ¡No debí venir, no debí!). Se acerca al espejo y lo toca

con las yemas de los dedos; la imagen responde con el mismo ademán y una pequeña corriente se establece entre ambos (yo soy tú, tú eres yo, este es el palacio de los Capuletti gibelinos y nosotros los güelfos Montecchi corremos peligro de muerte); en el espejo Romeo sonríe, el saxo y el piano se esfuman y aparecen los laúdes y las violas; afuera seguramente el Adigio cabrillea bajo la luna con los cuernos hacia arriba, entre los cipreses góticos, y una luz que parece de leche resbala sobre las piedras de los palacios de la Piazza dei Signori y en los sepulcros ante la iglesia de Santa María Antica; Romeo se mira en el espejo (no me queda otro remedio que ser lo que parezco, aunque tal vez parezco lo que soy) y acaricia el puño enjoyado de la daga que lleva en la cadera; después une sus manos cuando aparece desde el fondo brumoso, entre las columnas, la blanca figura de Julieta. La mira por el espejo; ella se acerca cada vez más, hasta que se detiene a sus espaldas. También en el espejo sus miradas se encuentran; los ojos de Julieta son dos pozos verdinegros detrás de la máscara que le cubre el rostro; la máscara es dorada y ella la sostiene con su mano derecha sin anillos; la máscara es dorada y pura y fría y muerta pero tan hermosa que Romeo se estremece y cierra los ojos. Entonces ella pone su mano en la de él y él se vuelve dando la espalda al espejo, que cuando no lo miran no existe. Caminan los dos por el salón inmenso y vacío como una cripta (¿dónde están los otros?) hacia el jardín de la colina; allá abajo el río es una serpiente de plata y en los árbo-

les el viento se deshace; Julieta tiene perlas en los cabellos y en el corpiño y en los escarpines; la máscara dorada sonríe y en la oscuridad los ojos de ella ya no tienen fondo. Él extiende las manos y las apoya sobre los hombros núbiles de Julieta (tenía que estar en alguna parte, tenía que ser como es, pero esa máscara...). Ella no dice nada (está bien, las palabras son tan inútiles, pintan ausencias donde hay presencias, (mienten); lo mira con sus ojos demasiado profundos. De su piel o de su ropa emana un perfume indefinible, como de pétalos marchitos, como de humedad; con su mano derecha sin anillos sigue sosteniendo la máscara. La máscara. —"Quítatela" —ruega él. Ella ríe; su risa tiene una extraña, antigua sonoridad (laúdes y violas, monocordios y clavicémbalos); ahora sus ojos brillan como los de un gato. —"Quítatela"—. Julieta deja de reír y baja lentamente la máscara; el viento se calla, los árboles se inmovilizan; Julieta no tiene cara (¡qué esperaba yo, Julieta no puede tener cara!); el Adigio desaparece, los palacios de la Piazza dei Signori se desmoronan sin ruido, los sepulcros ante la iglesia de Santa María Antica se hunden; el saxo se lamenta lánguidamente, alguien le toca el hombro y dice "dame un cigarrillo", él se mira las manos extendidas hacia adelante, vacías.

No te sorprendas cuando encuentres al ciervo en el jardín. El ciervo es asustadizo y tu propia sorpresa puede espantarlo. Sé suave, sé silencioso, sé gentil. Cuando lo veas (será sin duda en un atardecer ocre y rojizo, con nubes como catedrales y rumor de órgano entre los eucaliptus), cuando lo veas, decía, debes simular que no te parece nada extraordinario. Un ciervo en el jardín es la cosa más natural del mundo. Con las manos en los bolsillos caminarás por los senderos de grava, sintiéndola crujir bajo tus pies. Te detendrás junto a las rosas amarillas, pero no cortarás ni una (el menor indicio de crimen puede asustar al ciervo). Cuando estés cerca, muy cerca de él, podrás sonreír y extender dulcemente la mano. Los ijares del ciervo temblarán y no tendrás más remedio que volver la mano al bolsillo y dar la espalda al animal, estudiando atentamente el ir y venir de las hormigas por ese caminito que conoces de memoria. El ciervo tiene miedo, un miedo que él mismo ignora pero que desborda de sus tiernos ojos húmedos. Es el mismo miedo que estás sintiendo ya, como unos terribles dedos cariñosos acariciándote

la nuca, como unos brazos amantes ciñéndote, como unos labios cálidos posándose en tus hombros y en tu columna vertebral. ¡Mira a las pobres hormigas afanándose locamente por mover un liviano pétalo de rosa! Ahora sabes que el ciervo ya no está. Trata de caminar. Prueba. Verás qué lindo es saltar sobre tus cuatro patas ágiles, qué lindo es mirarse en los estanques y descubrirse un gracioso hocico negro y dos grandes ojos tristes y una profusa cornamenta. A lo lejos oirás el cuerno de caza y el furioso ladrar de la jauría. Entonces deberás huir, llevándote contigo al miedo: amado, detestado y perpetuo inquilino.

RECOMENDACIONES A SEBASTIÁN PARA LA COMPRA DE UN ESPEJO

Mire, Sebastián, es en la calle Juncal. Venga, acérquese; voy a decirle el número al oído —es mejor que nadie lo sepa, hay secretos que conviene guardar muy bien—. Bueno. Usted entra en la boutique y pregunta por la señora Hipólita. Le dirán que no está. Pero no se aflija, Sebastián. Sugiera que va de parte de mistress Murphy y ponga cara de inteligente. Le harán un gesto de complicidad y lo llevarán a la trastienda. Abrirán una puertecita escondida entre los brillantes vestidos que cuelgan, inmóviles pero vivos, de una increíble cantidad de perchas doradas. Podrá entonces ingresar al cuarto de los espejos. La señora Hipólita, que adora a los muchachos desgarbados como usted, le ofrecerá un cigarrillo. Acéptelo, Sebastián, acéptelo y aspírelo con delectación, porque sin duda será un cigarrillo egipcio con una pizquita de opio. Después contemple atentamente la colección de espejos, emitiendo de vez en cuando una interjección oportuna y discreta. Nada de exclamaciones altisonantes, a pesar del asombro. Y tenga en cuenta que en ningún momento hay que pronunciar la palabra "mágico", porque se supone que

usted ya sabe que todos los espejos lo son, y en especial los de la señora Hipólita.

Fíjese en ése, Sebastián. Sí, en ése, el ovalado con marco de plata. Todos los días, a las siete de la tarde, refleja a la Rachel en su estupenda interpretación de "Phèdre". Es magnífico, ¿eh? O aquel otro, tan profundo en el misterio de su azogue, tan rico en las volutas rococó que lo rodean. No niego que es maravilloso. Pero no se lo aconsejo, porque al sonar las doce campanadas de la medianoche muestra a un oficial de húsares de Grodno asesinado por su novia vampiro. ¡Brrr! Mejor es el que está a su derecha; menos morboso y sumamente eficiente. Hasta educativo: Imagínese: a las seis de la mañana deja ver a las damas mendocinas bordando una bandera. Es un espejo quizás demasiado madrugador, claro, pero tan patriótico como un discurso de fiesta cívica. En fin... hay que reconocer que la señora Hipólita tiene una colección fabulosa. Espejos teatrales, pasionales, históricos... También tiene los que reflejan el futuro, pero sólo los muestra previa presentación del certificado de buena salud, porque una vez tuvo problemas con el profesor N. El pobre era cardíaco y... bueno, usted sabe el resto, salió en todos los diarios.

Lo importante es que usted, Sebastián, puede comprar el espejo que más le interese. Los precios son exorbitantes, es cierto, pero no cualquiera puede darse el lujo de poseer cosas así. Además, si sonríe usted como está sonriendo justamente ahora, no dudo que la señora Hipólita le hará una rebaja

o le dará facilidades. Es una mujer muy tierna, muy sensible, muy maternal a veces. Aunque tan arrugada que... pero eso no viene al caso. Elija el espejo que prefiera. Deje su dirección, y mañana mismo lo enviarán a su casa. ¿Un consejo? No lo coloque en el living ni en el escritorio ni en ningún lugar por donde pase mucha gente. Sobre todo porque sus amigos son muy convencionales, muy burgueses, y el espejo puede reflejar algo irritante, impropio para la gente decente. Suponga que se le ocurra comprar el espejo de Paolo y Francesca... ¿Qué diría su abuelita materna, Sebastián, que va a misa todos los domingos? No, hay que tener cuidado, hay que ser respetuoso de las convicciones y de la moral de los demás. Yo le sugeriría (y perdóneme el atrevimiento), que ponga al espejo en el altillo, con otros trastos viejos. Más todavía: que lo cubra con algún paño opaco. Y otra cosa aún, la más importante de todas: con los espejos de la señora Hipólita es imprescindible ser puntual. Puntualísimo. Si no llega usted a la hora exacta, no verá el espectáculo. Ni Rachel declamando, ni húsar sangrando, ni damas mendocinas bordando, ni Paolo y Francesca fornicando (perdón otra vez, hay palabras que realmente no suenan muy bien). Si llega tarde sólo verá su propia cara, la misma de siempre, Sebastián, tan angulosa, tan mística. Pero eso es lo de menos. Lo grave sucede cuando la curiosidad lo impulsa a apresurarse y lo obliga a llegar demasiado temprano, para averiguar cómo prepara el espejo su "mise en scène". Eso puede ser fatal, porque los espejos no

toleran la curiosidad. Y sucederá que, al arrancar el paño que lo cubre y enfrentarlo, se encontrará usted con que está vacío, con que no refleja nada, con que su imagen en el espejo no existe y por lo tanto, claro, usted tampoco. Es una platónica verdad. Al no verse en el espejo, sin duda se llevará usted las manos a la cabeza, en un gesto de terror y de asombro. Pero *como usted no existe*, descubrirá que no tiene manos ni cabeza. Intentará salir corriendo pero tampoco le será posible, pobre Sebastián, pues tampoco tendrá piernas. Y se quedará por siempre allí, atrapado en un espejo vacío que alguna vez retornará a la colección de la eterna señora Hipólita y reflejará, para otro cliente como usted, joven y desgarbado, la imagen ascética de Sebastián, oh Sebastián pálido de terror, sólo durante un minuto y a la hora en que se pone el sol.

UNA PLANTA EXTRAÑA EN EL JARDÍN

Después de lo que hizo el tonto de Hugo, justo al día siguiente, descubrió debajo del peral una hojita tímida. Solanácea intrusa. Yuyo, hierba mora. Estuvo a punto de arrancarla pero algo lo detuvo. Alzó la mirada hacia las ramas oscuras del árbol y volvió a la casa. Desde entonces, todas las mañanas, daba un largo paseo por el jardín. Alguien tenía que ocuparse de las plantas de Hugo. Hablarles, como él lo hacía; regarlas si era necesario, acariciarlas y hacerles ver que uno estaba allí, que a falta de la presencia de Hugo había otra presencia. El paseo comenzaba frente a los esbeltos tallos de las Kentias Forsterianas, continuaba junto a las rizadas superficies de las Scolopendrium Vulgaris, hacía un alto prolongado frente a las hojas relucientes del Ficus Pandurata. Todas las plantas parecían aceptarlo; devolvían rumorosamente las palabras apenas murmuradas; fingían quizás no darse cuenta de que él no era Hugo, aunque se diferenciaban tanto, aunque Hugo era distinto y no tenía casi nunca ganas de reír ni de divertirse y se entretenía en el jardín, todo el día en el jardín, hasta que llegaba la noche y entonces sí, todo cam-

biaba, recibían a los amigos o se iban al teatro o al cine y después estaban juntos y pensaban que no había nada mejor, los dos para siempre y todas esas cosas. Sí, las plantas disimulaban o se resignaban. Menos la insolente que crecía debajo del peral, sin que nadie la hubiera sembrado, echando cada día un brote nuevo, replegándose cuando él estiraba la mano amenazante y volviéndose a expandir cuando se alejaba, indeciso, volviéndose dos o tres veces, anatematizándola con miradas criminales pero sin atreverse a arrancarla. Alguna vez pensó en lo que Hugo hubiera hecho con ella, pero nada podía deducirse. Hugo estaba tan cambiado en los últimos tiempos y él se sentía culpable, culpable por algo concreto, claro que sí, un desapego creciente y las fugas en el Peugeot de Gustavo hacia las playas y las noches bullangueras y escandalosas en algún party sin Hugo, con los demás, con los disfraces y la música y la risa y la vida y después el regreso y los silencios de Hugo, sus miradas tristonas, sus mudos reproches, su estúpida manera de quedarse callado con la asquerosa cursilería del primer movimiento de la Patética de Tchaikowsky y lágrimas en los ojos. Después pasó lo que pasó, y Hugo ya no estaba pero estaba el jardín, las plantas que él había cuidado tanto, con tanto amor cotidiano, gota a gota, sin desfallecimientos, con la misma perruna fidelidad que tenía en el amor y en todas las cosas. Las plantas parecían aceptar el reemplazo: él en lugar de Hugo. Hasta que una mañana hubo un intento de rebelión. Salió como todos los días, preparó la manguera y los paquetes de

abono. Estaba nublado. El primer indicio de guerra lo tuvo cuando lo rasguñaron las puntas afiladas del Phoenix Canariensis, el segundo cuando el habitualmente tierno Scindapsus Aureus mostró una extraordinaria aspereza, el tercero al ver que el Philodendrum Erubescens había decidido marchitarse y morir sin previo aviso.

Fue entonces cuando buscó el cuchillo, decidido a asesinar de una vez a la intrusa que crecía solapadamente debajo del peral. Avanzó con pasos firmes, arrancó en el camino algunos inocentes brotes recién nacidos. Se detuvo finalmente debajo del peral. Del peral de Hugo. Hugo. El jardín de Hugo, las plantas de Hugo, Hugo por todas partes. Con el cuchillo empezó a excavar alrededor de la planta rebelde, maldita, instigadora de conspiraciones vegetales, Circe, yuyo de porquería. Cuando la tierra estuvo suficientemente removida, tomó las hojas con firmeza y tiró. La planta salió de raíz y dando un grito espantoso. Un grito de ultratumba. La raíz tenía exactamente la forma del blanco cuerpo de Hugo, pálido y azulado y desnudo, con el rostro abotagado y los miembros laxos, tal como lo viera aquella noche, ahorcadito a la luz de la luna, colgando de una rama del peral, con alguna gota de esperma pendiente todavía, lista para caer donde ya habían caído otras, en ese lugar donde crecería luego la mandrágora.

LA VOCACIÓN DE JIMMY

Un segundo, un brevísimo segundo y después ya no veré el rostro de Jimmy; Jimmy tan despistado hoy como el primer día, cuando lo conocí en lo de Male y Patricio y me impresionó como una especie de isla en medio del océano, rodeado y protegido por su piel negra y brillante y rechazando con arrecifes de silencio las palabras convencionales y las frases hechas; Jimmy agazapado detrás de sus propios ojos y pronto a saltar pero quedándose dentro de sus dos metros cinco y sus ochenta kilos y su absurdo sentimiento de inferioridad racial mal disimulado.

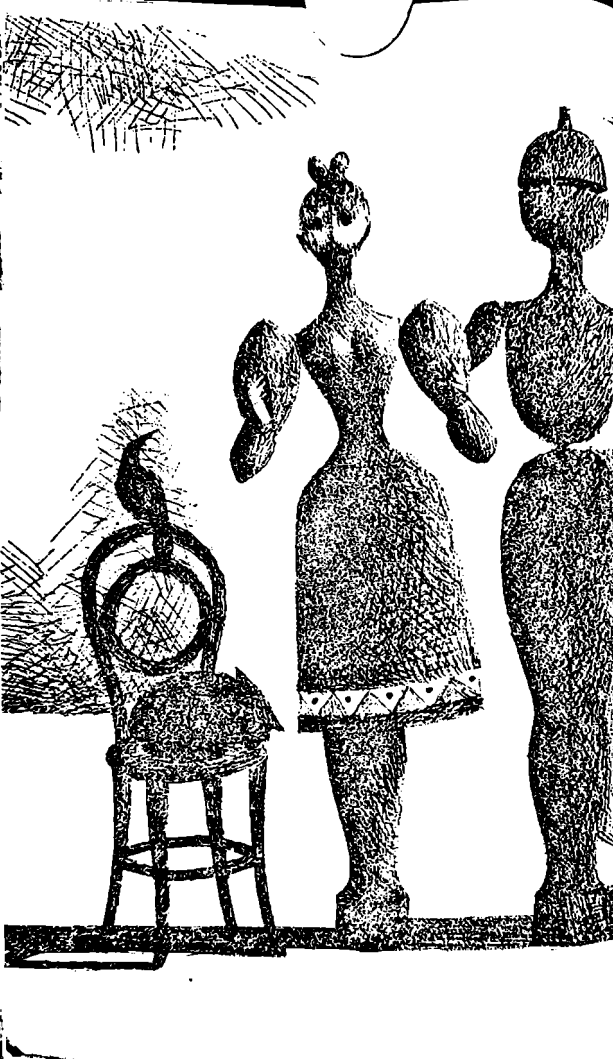
Ni bien entré vi a Jimmy detrás (o dentro) de ese cuerpo oscuro y clástico con un traje azul marino y una corbata estridente, y cuando Male se acercó y me dijo éste es Jimmy y estreché la mano enorme y húmeda y escurridiza, pensé que valdría la pena bucear en el interior de los ojos de Jimmy a la pesca del verdadero Jimmy. Tal vez él me adivinó el pensamiento porque una enorme sonrisa se dibujó en sus labios gruesos y nos pusimos a conversar y en seguida salió el tema de la música y yo creí (como Male y Patricio y todo el mundo) que

la vocación de Jimmy era el jazz. Me convencí más tarde, cuando no quedábamos sino cuatro o cinco y eran las cuatro o cinco de la mañana y Jimmy, con catorce whiskies encima, se lanzó decidido sobre "Undecided" en una improvisación endiablada, soplando el saxo como si estuviera metiéndose en él por un extremo para salir por el otro transformado en swing, liberándose de sí mismo en variaciones infinitas, corriendo una loca carrera con el tiempo, prolongándolo y prolongándose hasta un final que me pareció más bien un principio, y que quizá fue realmente el principio de esto que ahora se termina (a menos que esto, a su vez, sea el principio de otra cosa).

Jimmy y yo fuimos los últimos en irnos; el sol ya salía y estábamos un poco borrachos y bajamos desde Guido hasta la Plaza Francia por Agote y nos sentamos debajo de un árbol y Jimmy me confesó en su mal español que estaba solo, que estaba triste, que no quería volver al hotel de la calle Reconquista y menos aún a su pueblo natal de Illinois; y yo que con un poco de alcohol encima me conmuevo le dije está bien, te venís a vivir conmigo, yo tengo dos ambientes y en uno te arreglás total no nos vamos a molestar, cada uno por su lado, qué te parece. Jimmy me abrazó y me dijo que yo era su best friend y otras cosas por el estilo y tomamos un taxi y nos fuimos a casa y hasta las cinco de la tarde no me desperté, pero cuando me desperté encontré a Jimmy instalado en el diván, y supe que había comenzado un juego muy extraño y tal vez peligroso pero me encogí de hombros porque

total las cosas son como son y llegan cuando llegan, aunque uno no quiera.

Y fue todos los días Jimmy y todos los días Jimmy y todos los días Jimmy; todos los días Jimmy en sus ataques de melancolía, el saxo abandonado y los sonetos de John Donne; oh my blacke Soule! now thou art summoned / By sicknesse, deaths herald, and champion; y una especie de mufa espantosa creciendo a nuestro alrededor como musgo verdinegro y Jimmy hablándome, confesándose, llorando; y yo dándome cuenta de que su vocación no era la música sino el suicidio; y él diciéndome pero que otra cosa es el jazz sino muerte, y poniendo los discos del Octeto para hacerme escuchar "Love walked in" o "Prelude and Fugue on bop themes" explicándome al mismo tiempo que se quería morir, morirse de una vez y para siempre. Y así durante una semana, durante un mes, durante dos meses; yo tratando de eludirlo y él insistiendo en su melopea fúnebre que al final se me enraizó en lo más profundo, tanto que empecé a pensar que realmente la muerte era la única solución para Jimmy, pobre querido Jimmy, pobre negro perdido y solo y sin remedio. Tenía que ayudarlo, y la mejor manera de ayudarlo era darle fuerzas, convencerlo más aún. Entonces empecé a hablar yo de la muerte. Yo, yo. A decirle despacito (ya con la luz apagada, de pieza a pieza), lo lindo que sería dormir sin despertar nunca, explicándole que el suicidio era una puerta abierta hacia la libertad, una manera de romper esta jaula de vidrio y de entrar flagrantemente en el todo; Jimmy me escu-



PANTASIO - 67

chaba en silencio y yo me quedaba dormido hablándole y al otro día él me hacía hablar nuevamente y yo decía que sí, que es mucho mejor morir, qué otra cosa reclama el cuerpo sino la muerte, para qué nos queremos ahora si ya tenemos más de veinticinco años... Es así, Jimmy (caminábamos por Cerrito hacia el bajo), es así: el verdadero heroísmo está en saberse suprimir a tiempo, y después viene la paz, algo como un sereno vuelo de gaviotas sobre un mar siempre en calma, debe ser hermoso, Jimmy (entrábamos a una armería y yo compraba un revólver y se lo daba a Jimmy); no vale la pena vivir todo el tiempo en un columpio de quejas y de penas y de rabias, hay que dar el gran salto, ojalá yo mismo tuviera valor para hacerlo, ojalá tuviera el valor de suprimirme pero no, no soy tan valiente, Jimmy (doblábamos por Alvear, Jimmy apretando el revólver en su bolsillo), al fin y al cabo la posibilidad de dejar de ser es un hermoso corolario, créeme, y suicidarse es morirse de sentido común, de puro sensato que uno es, de inteligente nomás; te lo aseguro, Jimmy (nos sentábamos bajo uno de los quitasoles de "Vía Véneto" y pedíamos dos whiskies y Jimmy me miraba mientras yo seguía hablando): suicidarse es un acto de fe, creéme, y también un desafío; suicidarse es la mejor improvisación, la que nunca termina, la eterna; ojalá yo me atreviera, Jimmy, pero soy cobarde... Y sin embargo sé que no hay otro camino. Además, acordate del Grand Meaulnes: contamos con todos los permisos, incluso el de hacernos daño. Pero morir por propia voluntad no

es hacerse daño. Jimmy, es elegir, es ser uno mismo definitivamente, ah si yo fuera capaz de...

Había lágrimas en sus ojos mientras me escuchaba, y yo pensaba que esas lágrimas eran el prólogo de mi triunfo, pensaba que ya había empujado lo bastante, que ya había arrastrado a Jimmy al borde de su vocación inconclusa; que en cualquier instante él sacaría el revólver y se lo llevaría a la boca (¿ o a la sien?) y dispararía y caería en un charco de sangre y yo empezaría a gritar socorro, llamen a una ambulancia, hagan algo; sí, había lágrimas en los ojos de Jimmy, estoy seguro, lágrimas redondas y seguro saladas cuando sacó el revólver y dijo muy bajito my poor friend, quieres morir y no te atreves pero aquí estoy yo, Jimmy, para ayudarte; desde el primer momento me di cuenta que tu vocación era el suicidio y me di cuenta también de que nunca lo llevarías a cabo si no te alentaban; mientras decía eso las lágrimas se habían salido del borde de los párpados y rodaban por sus mejillas oscuras y de pronto vi la boca del revólver apuntándome (a veinte centímetros apenas), y escuché el disparo y sentí como una quemadura acá, en la frente, y me llegó la voz de Jimmy murmurando it's all over y un líquido salado se me agolpó en la boca y la abrí para dejarlo escapar con dos palabras (¡pero Jimmy!) y me pareció que la gente nos rodeaba y todo eso en un segundo, un brevísimo segundo y después ya no veré más el rostro de Jimmy, Jimmy tan despistado hoy como el primer día cuando lo conocí en lo de Male y Patricio y...

¡TITINA VIEJA, NOMÁS!

Sucede en todos los parques: al atardecer amanece el miedo. En las avenidas de Hampton Court, junto al lago de Palermo, entre los tilos de Wilhemshöle, en cualquier rincón del Bois. Ustedes lo saben, seguro. Más de una vez se habrán encontrado, quizás sin querer, en un parque a la hora en que los gualdas se transforman en grises y en violetas; cuando los árboles tiemblan y no de frío, cuando los cisnes se ocultan y la algarabía de los gorriones no es precisamente alegre. A pesar de la radio a transistores y del silbido que nos sale desafinado, a pesar de nada y a pesar de todo, es imposible evitar esa sensación aquí, justito aquí, en el hueco de la garganta; ese miedo casi físico o del todo físico. Y quién sabe por qué, quién sabe cómo. ¿No es cierto, Belgrave? El sol baja y el miedo sube. Ahora que caminás solo te das cuenta. Es como si te cercaran mil presencias desconocidas, mil Titinas sobrenaturales que pueden surgir del agua, del follaje o de las glorietas, con la roja pollera acampanada y la blusa blanca pero también con un halo de sombra y las cuencas de los ojos vacías.

Eso es, Belgrave: sentate de espaldas a un tronco. Si las sombras avanzan les darás la cara. No te pongás así, es sólo un poco de viento, un poco de viento que pulsa los cipreses y las casuarinas. También ¿cómo se te ocurrió citar a tu nueva conquista en este parque? Éste era el lugar de Titina. "Titina vieja, nomás", como solías decirle. Está bien, sí, Titina ya no existe, se ha transformado en menos que un recuerdo desde que vos dijiste basta, esto no puede seguir (buscate otro tipo percanta que yo no soy de los giles que se casan porque dejan a una mina de encargue). ¡Pobre Titina idiota! Hasta dicen por ahí que se murió porque tomó no sé qué cantidad de genioles. ¡Genioles! Los genioles no matan, y por otra parte una con cinco de clase se pega un tiro o se arroja desde un cuarto piso, lo menos. ¿Cierto, Belgrave? Pero la culpa es tuya, pelotas, por engrupir a una empleadita de tienda vulgar y silvestre. ¡Vos, Belgrave, vos que te parecés a Marcelo Mastroiani y que nunca pifiás con las mujeres! Cualquiera hubiera sido mejor que Titina, por supuesto. Acordate de la pituca aquella, la de Iturbe Nosecuántos. Y esa otra, reina del girasol o algo así, tan gringuita pero tan mona... No, si cualquiera hubiera sido mejor. ¡Pero cuando vos te entusiasmás!... "¡Titina vieja, nomás!", le decías a cada rato porque te gustaban sus ojos y ese hociquito de Bambi en decadencia. No era fea... ¡pero tan flaquita! ¡Menos carne que una bicicleta, viejo! Y para colmo el barrio y la mamá gorda y vos de novio y ravioles los domingos y ella tan honesta quiero conservarme pura pero no

mi alma dame una prueba de tu amor y después las concesiones y en el momento oportuno voy a tener un chico qué hago. Vos estuviste espléndido, Belgrave, piolísimo. Hiciste bien: casarse por obligación es condenarse y condenar, jodete por sonsa, Titina, yo nunca te hablé de azahares ni de ta tan tatán, la vida hay que vivirla y yo tengo mil posibilidades, Titina vieja nomás, ya vas a ver como dentro de un mes ni te acordás de mí, yo no soy para vos, yo soy medio vago y muy bacán, olvidame por tu bien y te beso en la frente. Y resulta que a los dos días te enterás de la horrible cosa por los muchachos, jugando al billar. Y hasta ves pasar el entierro de Titina. ¡Ay, Belgrave! ¡Qué cosa fea los entierros! ¡Y qué cosa fea pensar en entierros cuando uno está en el parque, esperando a una piba más o menos linda y más o menos fácil! Vamos, parate y caminá hasta el rosedal. ¿Qué? ¿Vas a ir por la avenida principal? ¡Pero si podés acortar camino tomando ese senderito que serpentea entre las acacias, a tu derecha! ¿Tenés miedo? No, ya me parecía que no. Claro que hace un poco de frío, aquí nunca da el sol, mirá cuantos helechos y qué oscuro está todo, envuelto en una especie de neblina pegajosa. Si te levantás el cuello del saco, tal vez... ¡Pero no! ¡Si no hay ni un alma! ¿Qué es eso? ¿Porqué te detenés, Belgrave? ¿Fue el roce de una roja pollera acampanada? Otra vez Titina, Titina escondiéndose detrás de los gruesos troncos, Titina entre los helechos, Titina en la niebla, Titina mi Titina te busco por, no corrás, Belgrave, el rosedal queda para el otro lado y allí te están es-

perando, te están esperando, te esperarán en vano, Belgrave. En vano. Porque dentro de un minuto, justo cuando enceguecido y corriendo y buscando la seguridad de un café crucés la calle, pasará un gran camión rojo y chau Belgrave; mañana los diarios dirán un luctuoso accidente troncha joven vida etcétera. Pero a nadie se le ocurrirá agregar un pequeño detalle, un ínfimo detalle: la frase que el camionero feliz ha hecho pintar con letras blancas, entre guirnaldas y firuletes, en el frente de su vehículo. La frase que hace sonreír a veces: "Titina vieja, nomás".

BÉATRICE

¡Pero si no es necesario combatir el tiempo! El tiempo gira como un astrolabio y lo que nos muestra es siempre lo mismo. Decir "pasado" o decir "futuro" es de una absoluta puerilidad: todo es presente. Créame, Béatrice. El otro día, cuando la observé con atención, me convencí de que usted era usted. No, no es redundancia o perogrullada. Usted en otra piel, en otra existencia, pero en la misma esencia de siempre (esa que usted, tan ajena a la sabiduría délfica, desconoce). Si me acerco y comienzo a hablarle de metempsícosis y de cuerpos astrales y de todas esas cosas, me mirará entre incrédula, burlona y horrorizada. Sin embargo, según mis cálculos más o menos astrológicos, usted fue en sus encarnaciones anteriores un mirto, una liebre, una amiga íntima de Safo, un cántaro de Farnesio, un templario, una monja béguina y un atigrado melón cantaloup. Y también fue, hace cosa de unos cuarenta años, la Béatrice que yo conocí. Recuerdo la noche aquella como si fuera esta noche. Es una lástima que Biarritz ya no esté de moda. ¡Ciudad encantadora, con ese cielo entre glauco y gris, esa dulce oscura humedad de las

calles, esos extraños efluvios que parecen surgir del mar para concretarse en muros, paredes, casas! Yo estaba en el Casino, sentado frente a la peligrosa mesa del treinta y cuarenta. Absorto en el juego, confieso que no la había advertido. Fueron sus manos las que me llamaron la atención, sus largas manos pálidas, titilantes de joyas, sobre el tapete verde. Eran de esas manos que obligan a seguir mirando, a subir por los brazos tenuemente empolvados, por el cuello largo, por el perfil aquilino, hasta rematar en la cascada de plumas de ave del paraíso entre los cabellos. Después nuevamente el cuello y las líneas de un desnudo sabiamente, suntuosamente vestido en dos tonos extravagantes y absurdos, de esos que sólo una mujer como usted era capaz de llevar como si fueran parte de su propio cuerpo: oro y violeta. La acompañaba un viejo hidalgo español, enjuto como una higuera, quien palidecía cada vez que la raqueta arrastraba los montoncitos de fichas. Un cigarrillo fue el pretexto para iniciar la conversación. Usted me presentó al viejo hidalgo, que no hablaba ni una palabra de francés, refiriéndose a él como "ce vieux perroquet", pero sonriéndole al mismo tiempo como si se tratara de Pelayo o del Cid. Al poco rato estábamos los tres frente a una botella de Pommery. El hidalgo peroraba sin cesar, y entre sus eses arrastradas nosotros nos mirábamos montescocapulescamente porque desde la suite que ustedes ocupaban en el Hôtel du Palais hasta mi habitación en el Carlton había una distancia de años luz. Pero el destino ayuda a los enamorados. El champagne causó

efectos fulminantes: mientras nosotros nos llenábamos de burbujas, el hidalgo se fue quedando dormido. En ese entonces... hum... déjeme pensar..., sí, en ese entonces yo cabalgaba en un Isotta Fraschini, solemne y flatulento como las tragedias de Alfieri. En el Isotta Fraschini, por un camino bordeado de polvorientas zarzamoras, huimos del hidalgo y llegamos a la villa que sería testigo de nuestra primera felicidad. Allí, frente a la línea oscura de la playa, se sucedieron días y noches, soles y lluvias, castillos de arena y helados de pistacho, besos y violetas azucaradas. ¡La felicidad, Béatrice! Hasta que empezó a acercársenos aquel hercúleo "baigneur" de malla negra, siempre lustroso y mojado como una foca, siempre sonriente y despeinado. El día que la salvó de una ola verde a lunares blancos, trayéndola jadeante y tosiendo hasta la orilla, me di cuenta de que algo no andaba bien o, mejor dicho, de que algo andaba mal, decididamente mal. Quiero decir con esto que no me sorprendió su desaparición, Béatrice; y que incluso envidié su admirable don del olvido (el mismo de los niños, los sabios y los locos). Pero así como usted poseía el don del olvido, yo poseía el de la intuición. Y la intuición me decía que nos encontraríamos de nuevo en cualquier lugar, en cualquier momento. Fue en París, durante el invierno siguiente. Usted bailaba el tango argentino con un joven alto, engominadísimo y de cutis oliváceo en "Le Rat Mort". Al verme me saludó con una espontánea sonrisa y vino a sentarse a mi mesa, presentándome a su bailarín. Por un momento creí

que con él podría hablar de mi propio país y en mi propio idioma, ya que tenía un aspecto de porteño inconfundible. Pero me equivoqué. El joven se llamaba Panagiotis Constantinopolus y no sólo carecía de la más remota noción acerca del ombú, el mate y la pampa, sino que ni siquiera hablaba francés. Usted se refería a él llamándolo "ce vilain chameau", con bastante razón, pero mirándolo al mismo tiempo como si fuera Lord Byron agonizando en Misolonghi. Me explicó que se trataba de un armador millonario que le había prestado no sé cuantos luises en el Casino de Montecarlo. Naturalmente, usted los había perdido. Hubiera sido muy poco elegante ganar y devolver. Claro que el armador mereció otras compensaciones. —"Voilá un cas de conscience, mon cher" —me decía usted pensativamente, sacudiendo su larga boquilla de turquesa. Un caso de conciencia. La conciencia es una grave enfermedad, Béatrice, sobre todo en una mujer hermosa. Afortunadamente pude ayudarla a superar su enfermedad, contándole que arrendaba un viejo "manoir" entre Longpont y Monthléry. En las cercanías había bosques, ruinas feudales, horizontes eglógicos. La perspectiva puso en sus ojos una increíble cantidad de estrellas, Béatrice. Y como en ese momento los violines empezaban a susurrar "Die Schone Rissete", de Léo Fall, y el armador marcaba el compás con los ojos cerrados... aprovechamos para escabullirnos. Mi pegaso había cambiado. Ahora era un Citroën 5 cv, pequeño y raudo y dadá como un poema de Tristán Tzara. En él huimos de París. ¡Lejos de la gente, lejos del

mundanal ru-ï-do! ¡Ah, Rousseau y la vida del buen salvaje! ¡Ah, undosa cabellera femenina desparramada sobre mi almohada de soltero! ¡Ah, paseos en bicicleta! ¡Ah, paisajes bucólicos, níveos corderillos, gallos al amanecer, cocoricó! Fácil es comprender que después de cuatro o cinco días así, el buen salvaje estuviera tan aburrido como una tortuga (si es que las tortugas se aburren). Por eso no me enojé ni un poquito cuando una mañana encontré sobre mi almohada de soltero, en lugar de la undosa cabellera, una notita con olor... no sé si a Guerlain o a Coty o a Houbigant o a Pinaud o a cuál de los grandes poetas del perfume. La notita en cuestión decía: "Les écrivains surtout m'intimident lorsque je me déshabille". ¡Béatrice! Juro que no me importó la idea de intimidarla, en especial después de tantas experiencias sin intimidaciones. Más aún: considerada desde el punto de vista femenino, la explicación era plausible. ¡Pero eso de "écrivain"! ¡Si lo único que usted pudo haberme visto escribir fueron cartas! Quizás haya sido un error de mi parte expresarle al oído tantas metáforas decrépitas sobre sus ojos, sus hombros, su espalda, su pie derecho o su ombligo... ¡Qué quiere! ¡Uno abusa cuando se enamora! Pero eso no le daba ningún derecho, absolutamente ningún derecho a considerarme un escritor. No me importó que se llevara la gargantilla de berilos de mi madre, ni las dos últimas botellas de Château Rotschild que quedaban en los sótanos. Pero me hubiera gustado explicarle, en el dramático momento del adiós, que yo no soy un escritor. Soy un gentleman, y por

ende mi concepto de la vida puede representarse con una pechera inmaculada, un caballo de raza, una corbata blanca... en fin, Old Bond Street y todo eso. Nada de función social, gritos proletarios, estructuras del lenguaje o mártires de la poesía. Siempre preferí las "boutades" (así, bien en francés), a la literatura pontificante o a la novela realista. Me hubiera gustado explicárselo claramente, insisto, mas usted no me dio tiempo. Para colmo, en ese entonces yo estaba completa, rigurosa y hasta fielmente enamorado de usted. Recomencé la zarandeada vida de vagabundo que me era habitual, aunque confieso que (tal vez inconscientemente) la buscaba por todas partes. Una vez creí reconocerla en una peregrina de Lourdes (hasta el Pic-du-Midi se habría reído de mí). Otra vez, frente al Manneken Piss de Bruselas, vi a una mujer de espaldas y le dije al oído una frase que usted hubiera comprendido muy bien, y que concordaba a la perfección con la actitud de la famosa estatua. Pero como no se trataba de usted sino de una turista inglesa, lady Elisabeth Southworth, tuve que hacer de cicerone en lugar de amante. Otra vez pagué la adición de una dama que comía en el Pavillon Henri IV. Cuando ella se volvió para sonreírme comprobé que me equivocaba nuevamente, ya que su cara era lo más rocinantesco que pudo imaginar Cervantes. También me equivoqué en la Ferme du Pré Catélan, en la Galería Borghese, en la Bahnhofstrasse de Zurich y en Dieppe. Por eso me pareció increíble y maravilloso reconocerla en Estoril. Iba usted caminando delante de mí, balanceándose sobre los

altos tacones, con una falda "entravée" que le quedaba estupendamente bien y un caballero bajito, calvo, gordezuelo que también le quedaba estupendamente bien, pues junto a él resaltaba más aún su sorprendente belleza. Después del asombro, las exclamaciones y el besamanos, usted me presentó al susodicho caballero. Se trataba de un ruso (noble, por supuesto, y exiladísimo) cuyos apellidos no recuerdo pero a quién usted llamaba cariñosamente "Fediusha". Este tal Fediusha hablaba el francés a la perfección, pero era completamente sordo. Y cuando usted se refería a él le decía "ce petit cochon", sonriéndole al mismo tiempo como si se tratara del último de los Romanov. En una visita a Sintra dejamos a Fediusha admirando la Sala de las Urracas, en el castillo, y repitiendo tontamente "por bem, por bem, por bem". "Por bem", ya lo creo, subimos al Ford que yo tenía entonces, rotundo y decidido como una novela de Sinclair Lewis, y a las pocas horas estábamos en Madrid. De Madrid fuímos a San Sebastián. Durante unos días todo pareció maravilloso. Era como si allí recomenzara la felicidad. Su admirable don del olvido se me había contagiado, borrándome por completo sus pasadas infidelidades. Pero el amor es una especie de juego elegante que pasa de moda con rapidez. Y un día, luego de una estremecedora corrida, ante mis propios ojos, se fugó usted con el Pastorcillo, un torero joven y elástico y muy seductor y muy moreno. Es que los trajes de luces, sabiamente rellenos en ciertas partes, son absolutamente fascinantes. Lo reconozco y comprendo. Béatrice,

comprendo. De modo que volví a mi reducto en París —ese atelier de la rue de L'Avenir que usted nunca conoció—, sólo para encontrarme allí con una carta que exigía mi presencia en Buenos Aires, ciudad tan carente de exotismo como yo mismo pero que, al fin y al cabo, era el lugar que me correspondía.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, dos meses más tarde, me encontré con usted en una gran joyería vecina al Hotel Plaza, y nada menos que en la vetusta y anacrónica compañía de mi tío, Juan Iribarne Campos Arregui, empeñado en regalarle un tontísimo brazalete de brillantes! Mi tío no hablaba nada de francés y usted, que no sabía que era mi tío, se refería a él llamándolo "ce lourd mammouth" y mirándolo como si fuera una aleación de Belgrano y Martín Fierro. Cuando le expliqué el grado de parentesco que nos unía, usted rió hasta las lágrimas. Seguía riendo cuando corríamos en el Lancia, veloz e impulsivo como el futurismo de Marinetti, y seguía riendo aún cuando fuimos a caer, de la manera más idiota, en uno de los lagos de Palermo. Lo último que recuerdo fue el gluglú y esa humedad verde, verde, verde...

Y resulta que ahora, bien pasadita la segunda mitad del siglo, me encuentro reencarnado en un cuerpo que todavía me cuesta aceptar (treinta años, calvicie incipiente, setenta kilos). Y lo peor del caso es que también la encuentro a usted (mirto, lieble, Farnesio, templario, béguina, melón cantaloup, todo al mismo tiempo), en una dulce envol-

tura de mujer con reminiscencias de anteriores vidas. Claro que esta es otra época, ululante y desbordante, atómica y espacial. Pero eso no sería nada. Ni siquiera el gravísimo hecho de que usted sea de Géminis y yo de Escorpio impediría el reencuentro. Lo que nos separa es mucho más terrible y quizás irremediable: ¡ni usted habla francés... ni yo tengo automóvil!

JOSEFITA RECORRIENDO SU VIEJO ÁLBUM DE POSTALES

Vamos, dejá de mirar el álbum, Josefita. Dejá de revolcarte mentalmente entre violetas afelpadas y guirnaldas de rosas y vistas finiseculares (en sepia) de París, Madrid y Pompeya; dejá de buscarte en los ojos negros y en los bandós románticos de Cléo de Mérode (no sos ella, nunca fuiste ella); dejá de suspirar ante las dedicatorias de Juan Martín... ¡Vamos, vamos! Hace ya más de medio siglo de todo eso y no vale la pena. Los recuerdos no se cultivan en macetas, como los malvones. No se los pone en el alféizar de la ventana, para que tomen sol. No se los riega. No se los debe dejar crecer. Dejate de embromar, Josefita, no seas anacrónica, no seas inútil, no seas cursi. Juan Martín está recontramuerto (recontra, esa horrible palabra que usan tanto los jóvenes, que no se cae en la boca de Florencio y que se te ha contagiado a vos, nada menos que a vos, siempre tan correcta, siempre tan lectora de Espronceda, siempre tan apegada al bien decir). Dejá el álbum ese. Cerralo. Olvidalo. Más vale que retomés el tejido y terminés la batita celeste que estás haciendo para el nieto de Eloísa. Y que cerrés la ventana. ¿No oís cómo golpean los

postigos? Es que Santa Rosa se viene con todas; un loco galopar de vientos ululantes y amenaza de lluvia más o menos inmediata. Va a llover en seguida, va a llover y Florencio se hará sopa, el muy distraído, el muy chiquilín. Salió sin impermeable y mañana serán los estornudos, el catarro, los prediluvios y las tisanas. Pero vos no vas a protestar, Josefita. Al que Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos. ¡Florencio, sobrino del alma, fruto de la desgracia, huerfanito de madre que dio el mal paso, pobre hermana, pobre adorable Diamela muerta de parto! Florencio ya no es una criatura, ha pasado los veintidós, tiene su libreta, hizo la conscripción, estudia, se te va, se te aleja cada vez más, Josefita. Mañana tendrás que atenderlo, que darle una friega, que sorprenderte de sus vellos y de su color y de sus palabrotas y de su olor a tabaco. Mañana, cuando esté tan resfriado el pobre porque salió sin impermeable, sin galochas y sin paraguas. Suspirá que hace bien. Eso es. Cerrá los postigos, encendé la luz. ¡Qué oscuridad, María Santísima! Santa Rosa se las trae. Escuchá esos truenos. Y ya empiezan a batir los tambores de la lluvia en los techos de cinc. Apurate, Josefita, hay que poner una palangana en el rincón de la sala y un balde en el dormitorio grande. ¡Hay tantas goteras! ¿Qué esperás para hacer arreglar los techos? Plata, claro. Que te aumenten la jubilación, porque con lo de ahora no alcanza para nada. Todo está cada vez más caro y ya no están los peones para hacer las cosas como antes. No, la gente no es como antes, y en especial la gente que trabaja. Ya no hay

respeto, ya no se reconocen jerarquías. ¡Qué mundo, qué mundo! Bueno, ahora ponete a tejer otra vez. Tranquila. No, el álbum no. ¡No lo toques! Bah, no hay caso. Es más fuerte que vos. El pasado te traga (te morfa, jovata, diría Florencio, groseramente cariñoso). ¡Qué se va a hacer! Dale, embarcate en los recuerdos, tapate de recuerdos, buscá en la letra de Juan Martín la realidad de un Juan Martín que se murió hace tiempo...

Esta es la primera postal, la que él te mandó desde Buenos Aires, cuando estaba a punto de embarcarse. Fea en serio: el Hotel de Inmigrantes. ¡Pero la dedicatoria! "Por cada kilómetro de ausencia, un florecer de tu presencia en mi corazón". Después las otras: Montevideo, Río de Janeiro, Lisboa... Extrañas ciudades de extraños países. ¿Habrán cambiado desde que Juan Martín las recorriera? Tal vez, tal vez... ¡Todo pasa tan rápido! Las dedicatorias evolucionan con el itinerario. En Montevideo: "tu recuerdo me duele". En Río: "tu recuerdo me quema". En Lisboa: "eres una llaga en mi corazón". ¡Querido Juan Martín! No empecés a llorar, Josefita, no seas boba. Después vienen las de París. Torre Eiffel: "desde la altura me acerco al cielo, y en el cielo me parece verte, ángel mío" (casi blasfemo, Juan Martín, pecador adorable). Arco de Triunfo: "la próxima vez contemplaré desde aquí los Campos Elíseos, con mi brazo alrededor de tu talle de junco". Rue Lépic: "Tendremos una bohardilla en esta calle para vivir la intensidad de nuestra pasión". Y todavía te ruborizás, Josefita... ¡Todavía, después de cincuenta y tantos años! Las

palabras "bohardilla" y "pasión" te siguen pareciendo pecaminosas, terribles, ardientes! Pero lo más exitante viene después. En Italia. ¡Ah, el Gran Canal de Venecia! "Te siento a mi lado, surges de las aguas, me abrazas, tus labios de fuego se pegan a los míos". Florencia y la Plaza de la Señoría: "Ya nadie te podrá alejar de mí, Josefita, me perteneces". Y en Roma la culminación. Las ruinas del Foro: "Aquí, donde los ojos de la antigüedad se posan sobre nosotros, juro por los dioses que nunca, nunca he de olvidarte". Mirá bien esta postal, Josefita, mirala bien porque es la última, porque después vino la noticia del accidente y de la muerte y del cadáver arrojado al mar; mirala bien porque aquí, en Roma, en las ruinas del Foro, se termina tu pasado, se termina Juan Martín, te terminás vos. Mirala, mirala. Metete en ella. Retrocedé cincuenta años y pico (no es tan difícil), basta con dejar caer el tejido, basta con quitarse los anteojos redondos, basta con empequeñecerse o con dejar que alrededor crezcan columnas tronchadas; mirala bien y mirate con tu enorme capelina y con tu larga falda recogida en la mano enguantada, mirate ahora sorteando los bloques de piedra, caminando entre las ruinas, yendo al encuentro de Juan Martín que te espera en lo alto de la escalinata, para saltar después al Campidoglio; encontrate con él que desde hace más de medio siglo te espera en un rincón de la postal (casi invisible), sonreíle, decile que sí, que sos vos, que por fin has ido a su encuentro; y andate con él, salite de la postal, metete en los vericuetos de tu pasado que no llegó a realizarse;

chau Josefita, adiós para siempre, que seas feliz junto a Juan Martín por siempre jamás en Roma o en cualquier parte; que seas feliz lejos de tu cuerpo de setenta y siete años que se queda ahí, muertito todo entero en el sillón de Viena, para sorprender a Florencio que vendrá dentro de un ratito, todo mojado, a arrodillarse junto a él y a besar la mano fláccida y a derramar una lágrima por la pobre tía Josefita, jovata romanticona muerta junto al álbum de postales.

BELLE

Siente la mano tibia y cariñosa y exigente de Belle que se posa en su cabeza y la acaricia a contrapelo; siente que las afiladas uñas de Belle penetran en su oreja izquierda y rascan suavemente la aterciopelada piel del interior; siente que Belle lo ama y siente también esa aguda sensación de culpa por no haberse entregado desde el principio, desde aquel momento en que supo que iba a quererla sin retaceos, sin mezquindades, sin mentiras, sin escrúpulos. Y tiene ganas de pedirle perdón por esa primera (absurda) desconfianza, y alza sus ojos arrepentidos y sus ojos arrepentidos se elevan a los ojos de Belle que nunca se arrepintieron de nada y que tal vez por eso son mucho (muchísimo) más poderosos que sus ojos arrepentidos, tanto que tiene que bajar los párpados y dejarse estar allí, acurrucado, sintiendo la mano tierna pero excluyente e imperiosa, mano de amante y casi de verdugo, mano de Belle bajo la cual es tan dulce adormilarse, así, sensualmente, oyendo crepitar el fuego en la chimenea, aspirando el perfume (¿ámbar?) de Belle, cayendo en un sopor monocromo a través del cual se ve a sí mismo una semana atrás, cuando por pri-

mera vez tropezó con Belle en el Père Lachaise, que no es el lugar ideal para encontrarse con la mujer de su vida pero que tiene cierto encanto macabro, cierta fúnebre poesía. La verdad es que a él lo impulsaba nada más que un estúpido prurito nacionalista: había estado en una guitarreada en el Pabellón Argentino y a raíz de una apuesta buscaba el sauce que un criollo (¿era Ascasubi, che?) había plantado junto a la tumba del poeta francés que pedía justamente eso (un sauce post-mortem). Claro que buscar la tumba de un poeta (sin saber cuál es) en el Père Lachaise, era como buscar una aguja en un pajar. Y él andaba desorientado y ya casi dándose por vencido cuando vio a la muchacha vestida de verde que avanzaba hacia él desde el fondo de la avenue Greffulhe, sonriéndole y ofreciéndose como guía (es el colmo de la organización, pensó, cicerones con sex-appeal en los cementerios), y a su vez sonrió idiotamente, sin querer, y le contó que andaba en busca de un sauce junto a la tumba de un poeta y ella se echó a reír y dijo: ¡ah, Musset!, y recitó de inmediato con una voz líquida y maravillosa y todo seguido sin puntos ni comas: Mes chers amis quand je mourrai plantez un saule au cimetière J'aime son feuillage éploré la pâleur m'en est douce et chère et son ombre sera legère à la terre où je dormirai.

Él se detuvo, claro, y se quedó mudísimo, mirándola con los ojos abiertos (así de grandes). Pero ella sonreía todo el tiempo y le indicó dónde quedaba la tumba buscada: en la avenue du Puits, lejísimos del lugar donde se encontraban, en el otro

extremo del mundo (o del cementerio, que viene a ser lo mismo).

Pero no fueron a ver el sauce. Ni a Musset. Pasaron junto al mausoleo de Abelardo y Eloísa y salieron por una puerta escondida hacia el Boulevard de Ménilmontant; se sentaron en un café y tomaron cerveza y hablaron y ella dijo que se llamaba Belle y él dijo que se llamaba Carlos y dijo también (naturalmente) que era argentino y sabiendo que caía en lo de siempre silbó cuatro compases de "La Cumparsita" y ella se rió y dijo oui, je connais, y después sin saber cómo se citaron para el otro día y ya todo había empezado, hay que ver cómo son las cosas.

Esa noche, sólo en su pieza del Hôtel Fiat (otro milagro de la ASTEF), se puso a pensar en el extraño encuentro y surgió de inmediato la sospecha. Muchacha de verde + cementerio + cita = cosa jodida. Resolvió no ir y se durmió tranquilo, pero a la madrugada empezó a soñar con los ojos verdes de Belle y eran tan verdes que en seguida cubrieron con su luz las paredes, el cielorraso y las frazadas; tan verdes que para olvidarlos tuvo que recurrir a una edición viejísima (herencia de tata viejo, que era un bacán y estudió en París) de "La tentation de Saint Antoine" en la versión de 1849. Al fin se durmió repitiendo una frase: Si le diable a un corps?

En todo caso, era un cuerpo espléndido. Eso pensó al otro día, cuando pudo observar a Belle acercándose hacia el lugar donde él la esperaba. Digamos (es justo), que ella había fijado el sitio: Saint-

Merri. Él dijo bueno, es igual, me da lo mismo. Llegó temprano y se entretuvo mirando hacia el extremo de la ojiva del portal central, donde una piedra esculpida (de no más de treinta centímetros) representa a un demonio de doble naturaleza: dos senos evidentemente femeninos que emergen de un velludo pecho masculino; alas semirreplegadas detrás, sexo en erección y rodillas cruzadas, como los geománticos. Miraba esa extraña imagen cuando oyó pasos y se volvió para encontrarse con la figura (en verde, por supuesto) de Belle. Y se olvidó entonces del pequeño demonio en el extremo de la ojiva, porque Belle era indudablemente femenina e indudablemente hermosa. Y sonreía. Y pedía disculpas por su tardanza. Y lo arrastraba al exterior y lo obligaba a tomar el métro y a descender a los infiernos y a volver a la superficie y a entrar en un bistró y a sonreír delante del menú: Pain - Vin - Frites - Boudin - Nougat - Fleur pour les dames - Cigare pour les hommes. Belle tuvo su flor: una rosa. Él tuvo su cigarro: un mareo espantoso y un despertar en una cama perfumada (¿ámbar?). La cama de Belle.

Reaccionó con la sensación de estar todavía a tiempo (¿a tiempo de qué?), y con un peso extraño sobre el pecho. Abrió los ojos para comprobar que el peso se debía a que sobre él ronroneaba mimosamente un enorme gato de angora (castrado, sin duda, porque parecía casi una odalisca). Al incorporarse, sobresaltado, el gato saltó maullando lastimeramente y desapareció debajo de un mueble. Él se llevó las manos al pecho, el gato había dejado

un calorcito íntimo que le hubiera parecido delicioso de no estar tan angustiado. Belle entró a los pocos minutos, llevaba una bandeja con un servicio completo de té. La seguían tres gatos más. Él agradeció, tomó el té rápidamente y se despidió sin importarle nada. Que Belle creyera en su timidez, en su impotencia o en cualquier otra cosa. Lo único que deseaba en ese momento era volver al hotel y dormir tranquilo. Sin demonios ambiguos, sin Belle, sin gatos.

Esperó que al otro día ella lo llamara. Pero no lo hizo. Y perdió la mañana y la tarde aguardando la comunicación (en vano). Sólo por la noche se decidió a hacer algo. Tomó la línea de Sceaux y se bajó en Bourg-la-Reine. Caminó hasta el número dos de la rue Lakanal y allí sorprendió a Severo que con su cubanísimo acento lo saludó lleno de alegría y lo hizo pasar y sentar y le sirvió un whisky porque en seguida se dio cuenta de que le sucedía algo. Recién al tercer whisky (y casi a medianoche), él habló de Belle, Belle vestida de verde apareciendo en la avenue Greffulhe, Belle vestida de verde en Saint-Merri, Belle con gatos. A medida que contaba su aventura le parecía que la misma no tenía nada de extraño; al fin y al cabo bien puede uno encontrar a una muchacha en un cementerio, bien puede la muchacha tener preferencia por el verde en todos sus tonos, bien puede una muchacha adorar a los gatos. ¿O no? La sonrisa de Severo seguía clavada en su rostro redondo, pero no era una sonrisa alegre y eso se le veía en los ojos y se le notaba en la voz, sobre todo cuando

dijo oye chico yo que tú me cuidaría, no sé por que pero esa mujer me da mala espina, en Camagüey la vieja Guadalupe decía que el verde es el color de las brujas y esa historia del cementerio y los gatos... Severo parecía convencido y tal vez por eso prefirieron hablar de otra cosa. Al fin se quedó a dormir allí porque ya era demasiado tarde para volver al hotel; a la mañana siguiente desayunaron y fueron después al castillo y pasearon por el parque y arrojaron miguitas a los cisnes y a pesar del sol todo era triste como un funeral; cuando se despidió de Severo dijo un chau que más bien parecía un adiós definitivo. Y seguramente Severo lo sabía, claro que sí, porque los ojos se le habían vuelto opacos y su voz ya no brincaba y su sonrisa tampoco.

En la portería del hotel se encontró con un mensaje de Belle. Lo citaba para las siete de la tarde en Champs-Elysées y rue de Bassano; él sonrió y recuperó su seguridad porque sólo una chica normal (vulgar, diría) daba una cita en semejante lugar y confesaba además que tenía ganas de comer en el "Drugstore" y de ir al cine a ver una película de Martine Carol. ¿Qué lo había asustado al principio? ¿Qué se podía temer de una muchacha dulce que respondía al poético nombre de Belle? Nada, por supuesto. No hay que creer en los presentimientos o en las intuiciones idiotas. La razón, sólo la razón debe guiarnos. Y la razón le decía que Belle era una persona más, una probable aventura amorosa, algunas semanas de ternura y después algo para contar a los amigos, al regresar a Buenos Aires.

Ella parecía más dulce que de costumbre cuando llegó a la cita. El verde de su traje era suave, tirando al gris. Lo tomó del brazo y fueron al "Drugstore" y después a ver el filme de Martine Carol y después, por supuesto, al departamento de Belle. Pero esa noche no sucedió nada. Es decir, sucedió que conversaron de muchas cosas. Belle le confesó que había nacido en Praga, pero que desde los cinco años vivía en París. Tenía pasión por los gastos. Castrados, por supuesto: si no se vuelven malos y feos. Él vio que en la casa había por lo menos cinco, y sintió que sus ojos amarillos lo miraban con algo de burla y algo de lástima. Tus gatos no me quieren, dijo. Son celosos, respondió Belle. Y sonrió y fue (otra vez) como si una luz verde y fosforescente los envolviera. El miedo volvió en un ramalazo repentino. Pensó que tenía que ahuyentarlo y atrajo a Belle casi con brusquedad. Pero ella dijo no, hoy no, el martes.

La luz verde había desaparecido; él se puso de pie y se dirigió hacia la puerta sintiendo las miradas amarillas y penetrantes de los gatos que lo asaeteaban desde almohadones, chimenea, sillas y taburetes. Bajó los ojos y su vista tropezó con una pequeña lámina dura, con dibujo de arabescos. La levantó. Era una carta del tarot: la dama de pique. Se la entregó a Belle. Belle la tomó, sonrió y dijo solamente hasta el martes. El martes a las siete de la tarde. Al llegar al hotel se dio cuenta de que el martes era trece. Martes trece a las siete. ¿Cábala? No, sin duda otra coincidencia, no podía ser otra cosa. Pensó en Severo y en los cisnes y en la despe-

dida y pensó también soy un idiota, al fin y al cabo esto no es más que un juego, cómo me voy a reír de acá a unos meses.

El martes llegó como todos los martes: después del lunes. Y llegaron las siete después de las seis, y él estuvo puntualmente en casa de Belle. Belle le abrió la puerta y desde el primer instante él supo que debajo del deshabillée verde estaba desnuda. La lengua de ella penetró suavemente entre sus labios, el cuerpo de ella se adhirió al suyo. Sintió que, contra su boca, la boca de Belle pronunciaba unas palabras que no comprendía. Palabras extrañas, palabras de conjuro, palabras en las que distinguió tres nombres: Asmodée, Baphomet, Belphegor. Y de pronto sintió que se empequeñecía y ya no estaba en brazos de Belle sino en el regazo de Belle, ya no está en brazos sino en el regazo de Belle, y siente la mano tibia y cariñosa y exigente de Belle que se posa en su cabeza y la acaricia a contrapelo; siente que las afiladas uñas de Belle penetran en su oreja izquierda y rascan suavemente la aterciopelada piel del interior; siente que Belle lo ama y se encoge y acurruca y maúlla suavemente mientras escucha su voz murmurando mon chat, mon tout p'tit chat; y acaricia el antebrazo de Belle con su cola y entrecierra sus ojos amarillos mientras los otros gatos desaparecen porque por un tiempo él, solamente él, será el favorito.

EL NOMBRE USURPADO

Anoche fue por última vez; tu boca con gusto a pastillas de menta y yo sorprendido y casi frío y con restos de incredulidad todavía cuando dijiste de repente me tengo que ir y te sentaste en el borde de la cama con el rostro entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, toda encerrada dentro de lo poquitito que sos, de tu frágil querido cuerpo cálido (dientes menudos y feroces, cicatriz de apendiceptomía y ese lunar ahí, al lado del ombligo), aún cerca y sin embargo ya tan no mía, tan ausente, tan irremediablemente lejana.

Me tengo que ir, dijiste. Era otra vez el miedo, seguro, el miedo que venía con el orgullo y con esas cosas raras que murmurabas a veces y que yo no te creía, no, si nadie va a destruir la ciudad, si nadie te saca a empujones del templo, si nadie te lleva prisionera a través del mar; me tengo que ir, me tengo que ir, era ella que había vuelto otra vez, ella que buscaba su nombre, el nombre que te habían puesto a vos pero que no te pertenecía porque era de la otra, de la otra, de la que caminaba entre columnas vestida de blanco justo cuando vos ibas a entrar a rendir Civil Cuarto; eso me decías con

la mirada quién sabe dónde y prediciendo el desastre mientras tomábamos cerveza en el Baviera. Me tengo que ir. Por última vez, la última. ¡Y qué tristes son siempre las últimas veces, momento en que nos damos cuenta de que no vale la pena haber empezado nada, de que todo marcha con ritmo creciente, inexorable, hacia un final arbitrario y más o menos inmediato; qué triste estar yo tendido con los brazos cruzados bajo la cabeza, pensando cosas o tal vez no pensando pero tratando de hilar incoherentes imágenes interiores y al mismo tiempo escuchando el ruido de tus pies desnudos sobre el piso; qué triste no poder o no querer moverse de esa pasiva posición decúbito supina un poco parecida a la muerte; no poder o no querer creer en tus palabras alucinadas sobre el fuego; no querer o no poder abrir los ojos, no querer o no poder decir quedate, quedate aunque sea media hora más, diez minutos, un ratito; y permanecer acostado mientras te vestías y tanteabas el suelo buscando los zapatos cuando me hubiera gustado levantarme para calzarte y besarte y decir tu nombre, tu nombre de chocolate, tres sílabas dulces, las dos primeras que se derriten suavemente entre la lengua y el paladar y la tercera con un granito de maní en el medio; decir tu nombre muchas veces, mil veces, y asegurarte que es tuyo, en serio, tuyo y no de la otra, aunque vos me contestés que la otra llega desmelenada, desalada, desesperada, la túnica blanca flotando como una nube y el incendio, dentro de poco las llamas, cuidado con el fuego, vámonos de aquí, rápido, ya, en seguida; no llorés así, no pen-

sés por favor que no quiero creerte, no me digás que nadie te cree, si no hay fuego por ninguna parte, mirá vos misma, convencete; no, no te creo pero calmate. Todo eso me hubiera gustado decirte pero me quedé acostado como una momia, sin proceder como procede un tipo civilizado y cariñoso después de hacer el amor, con un poco de disimulada tristeza y otro poco de desencanto; con todas las palabras de consuelo y de ternura ahogadas, mutiladas en una especie de incomprensible sopor. ¡Qué inútil todo, qué ajeno a nosotros mismos, qué definitivo!

Cuando abrí los ojos ya estabas completamente vestida; te ahuecabas los cabellos con ese inconsciente ademán de todas las mujeres. Recién entonces dije sin querer tu nombre, las tres sílabas que apenas es necesario pronunciar, que se derriten cálidamente con ese cachito de maní al final; cálidamente, cálidamente tu nombre, dije tu nombre y te largaste a llorar otra vez, a pedirme que te creyera, que ella había vuelto, que el enorme caballo de madera, que el incendio. Y por un momento pensé que era cierto; te vi tal como debía ser ella, la más hermosa y gentil de todas, llorando y corriendo detrás de los más sabios y de los más fuertes para decirles lo que pasaría, cuidado, cuidado, nos matarán; pero quién va a matarnos amor mío, mi chiquita, quién va a matarnos si éste es el país del no te metás y no hay fuego por ninguna parte, te lo juro, éste es mi cuarto, mirá, fijate, mi cuarto, el mismo de siempre, con las manchas de humedad con forma de camello en las paredes y

los discos de los Beatles y la botella vacía de ginebra y zapatos y camisetas debajo de la cama; aquí no hay peristilos ni columnatas, mirá, mirá bien todo, mirate vos misma en el espejo con tu suéter azul y tu pollera gris y no llorés más, por favor, no llorés más.

Y ya no llorabas. Me observabas y quizás sonreías y cuando te inclinaste hacia mí tus labios me hicieron cosquillas (sabía que te ibas hasta nunca pero qué podía hacer yo, qué podía hacer); después escuché tus pasos, uno, dos, tres, silencio, cuatro, cinco, la puerta que se abría gimiendo, tu voz con esa nota de terror y de angustia, el fuego, tenés que creerme, no seas como los demás y creéme, el fuego; la puerta que se cerraba con un chasquido, tus pasos nuevamente en el pasillo y después en la escalera, cada vez más lejos, cada vez más lejos, cada vez...

Y ya no estabas. Ni el color de tu piel, ni el eco de tu voz, ni tu mirada húmeda y oscura. (Apenas un tenue perfume, "L'air du temps", una vez me lo dijiste, me mostraste la botella diminuta en el estuche diminuto, yo pensé en venenos o elixires mágicos, creo.) El perfume flotaba en la habitación, impregnaba la almohada, olía despacito pero urgentemente, como si no fuera un perfume sino algo vivo y tan cálido y tan tuyo. Eso, nada más. Porque vos, quiero decir tu apariencia física y lo que hay de inquietante y desconocido dentro de esa apariencia, vos ya no estabas conmigo, ya eras casi del todo la otra, la que se iba, parpadeando, respirando, absorta y toda metida entera dentro de sí

misma, orgullosa quizás de estar sola, de no tener que adoptar la ridícula posición de las mujeres cuando se entregan, de no tener que abrir las piernas sumisamente para intentar un grotesco simulacro de unión; sola y adquiriendo poco a poco el rostro y las manos y el cabello de la otra, pececito, animalito, arbolito mío; sola y murmurando el fuego, por qué no me creen, el fuego.

Todo eso anoche y por última vez. Anoche, con mi incredulidad y tus lágrimas. Y ahora, ahora ya no puedo menos que creerte, ahora no puedo hacer nada salvo recordar y escuchar la sirena de los carros de bomberos y los gritos en la calle y las llamas que crepitan y el ruido de vigas que caen y de paredes que se desmoronan; ahora sólo puedo quedarme aquí, en la mitad del incendio, murmurando tu nombre, las tres sílabas de chocolate con el maní al final, tu nombre, tu nombre usurpado, Casandra, Casandra ya nunca más y sin embargo todavía.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

FÁBULAS CON AMORALEJAS

Otra versión de la Caída 11
La sirena en el Arca 17
El Faunito 23
La verdad sobre Helena 29
El Estilita 35
Paracélsica 41
Los votos de la Hermana Fessue 47
Fairy Song 53
Castillo 57
La princesa lejana 63

SEGUNDA PARTE

FÁBULAS DE LA NOCHEBUENA ESPAÑOLA

La Nochebuena de Trotaconventos 77
La Nochebuena de Maritornes 83
La Nochebuena del Lazarillo 91

TERCERA PARTE

FÁBULAS PARA EMBRUJADOS

Tan linda en camisón, Juliana 99
A las esquinitas 107
El Delfín 115
Mascarada 125
Ciervo 131
Recomendaciones a Sebastián para la compra de un espejo 135
Una planta extraña en el jardín 141
La vocación de Jimmy 147
¡Titina vieja, nomás! 157
Béatrice 163
Josefita recorriendo su viejo álbum de postales 175
Belle 183
El nombre usurpado 193

Se terminó de imprimir
el día 24 de mayo de 1969
en la IMPRENTA DE LOS BUENOS AYRES S. A.
Rondeau 3274, Buenos Aires, Argentina